Criadero de Curas

Alejandro Saiva

12 pruebas de la inexistencia de Dios

Sebastian Faure

Biblioteca Anticlerical

Obras que pueden adquirirse por nuestro conducto

La religión al alcance de todos - *Ibarrela*	150 frs
Sembrando Flores - *F. Urales*	150 frs
Guerra Civil - *Garcia Pradas*	100 »
La crisis de socialismo - *Garcia Pradas*	100 »
España, Colonia de su Ejercito - *Garcia Pradas*	25 »
Socialismo Libertario y Socialismo autoritario - *Nettlau*	60 »
Reconstrucción de España - *Eusebio C. Carbó*	300 »
Ensayos y Conferencias - *P. Gori*	250 »
El Intelecto Helenico - *P. Gener*	250 »
Romancero de la Libertad - *Olivan*	75 »
El comunismo Libertario - *Dr I. Puente*	20 »
La zarpa de Stalin sobre Europa - *Alaiz*	40 »
Historia de un crimen - *Mogrovejo*	40 »
Durruti y Ascaso	35 »
La vie ardente et intrépide de Louise Michel - *Planche*	150 »
Stalin - *Torhyo*	450 »
Capitulos que se le olvidaron a Cervantes - *Montalvo*	600 »
Investigación acerca de la Justicia - *Godwin*	875 »
La Juventud de un rebelde - *Rocker*	875 »
Obras completas de *Rafael Barret*	875 »
Confesiones de un revolucionario - *Proudhon*	275 »
Entre dos mundos - *Upton Sinclair*	500 »
Numancia - *Cervantes*	175 »
Los ojos del hermano eterno - *Zweig*	150 »
Gedeon Planish - *Sinclair Lewis*	225 »
Brasil futuro - *Zweig*	250 »
Ibis - *Vargas Vila*	
Algodon de a dolar - *Faulkner*	225 »
El Quijote de los ninos - *Montero Lobato*	325 »
El sistema Cooperativo - *Worbasse*	225 »
Corazón angustiado - *De Carlo*	50 »
La Révolution inconnue - *Voline*	350 »
El proletariado militante - *Anselmo Lorenzo* Edición américana	400 »
El proletariado militante - *Anselmo Lorenzo* Edición francesa	170 »
Hombres de la estepa - *Maximo Gorki*	150 »
La lucha contra el demonio - *Stefan Zweig*	150 »
El candelabro enterrado - *Stefan Zweig*	150 »
El anticristo - *Nietzsche*	150 »
La génesis de la moral - *Nietzsche*	160 »
Historia de la filosofia - *Balmes*	160 »
El apoyo mutuo - *Kropotkine*	200 »
Le testament du curé Meslier - *Flaubert*	50 »
La Revolución y el Estado - *Garcia Pradas*	90 »
Etica - *Kropotkine*	100 »

CRIADERO
DE CURAS





BIBLIOTECA ANTICLERICAL

CRIADERO DE CURAS

por

Alejandro Sawa

NOVELA SOCIAL



Ediciones "UNIVERSO"
29, rue de Couteliers
TOULOUSE (H.-G.)

I

Antecedentes.

Quedó decidido. Aquel niño no podía ser otra cosa que cura.

El padre y la madre acababan de acordarlo así en una conferencia breve y dañina, que fué conjugación de fatalidades contra un destino humano. Decidieron del porvenir que reservaban á la pobre criatura como un juez decide de la vida de un reo.

Trátese de llamar como se quiera, aquella resolución fué una sentencia; sentencia condenatoria, sentencia de muerte. Castrado de sensibilidad y de inteligencia, ningún hombre completo ha podido alentar sobre la tierra.

Los cánones se equivocan. La tonsura llevada con dignidad sobre la coronilla requiere eunucos ó idiotas. La hacen saltar las inspiraciones del pensamiento y la cubren de pelos los sexos bien organizados cuando se insurreccionan contra la voluntad, reivindicando los derechos de la naturaleza.

¡Ahi es nada esa pretensión canónica de querer convertir lo orgánico en inorgánico, y la justa sensibilidad absoluta de las piedras de la calle! ¡Negar á nadie los graves derechos de su propio organismo sólo porque á Moisés ó al Cristo, en hora de

torpeza, se les ocurriera declarar maldita á la materia humana! Tanto vale eso como prohibir la conveniencia de andar hacia adelante, ó de preferir la posición horizontal á la vertical para el descanso y el sueño. Es alzarse en armas contra la vida.

Y ¿no sería lógico añadir que puesto que aquella conferencia había tenido por objeto la anulación de un destino humano, matar en germen á una personalidad para más nobles fines creada seguramente que para consagrarla al sacerdocio católico, aquella conferencia de los dos esposos podría calificarse de conciliábulo de asesinos?

Hay que mentar las cosas y las personas por su nombre. Asesinato el hecho; autores: D. Francisco de tal y tal y doña Juana de casi iguales apellidos; y víctima: el hijo de entrambos seres, Manolito (igual nombre que Dios), un niño de diez años, tan hermoso, que, como decían las comadres de su calle, «¡Jesús! ¡daba gusto mirarlo!»

Un gañán, un hermoso modelo de naturaleza humana, aquel niño. Grande, fuerte, poderoso de organización, como hecho adrede para la lucha moderna, en que muchas veces los puños sienten tentaciones de servir de auxiliares á la idea. Y si la cópula que precede á la concepción de la hembra fuera consciente, fuera capaz de inteligencia, los padres de aquel niño merecerían ser coronados con ese mismo laurel que orna la frente de los hombres de genio reconocidos por la gloria, porque habían hecho obra de arte reproduciéndose en una criatura que era símbolo vivo de salud y de gracia.

Nació en un mundo de fanatismos religiosos, en que ser comparado á un monigote de esos que la gente católica adora en los altares, constituye en asuntos de virtud ó belleza, el premio de honor supremo; y á Manolito lo comparaban las beatas con el niño Jesús, ya adolescente, que el santoral católico representa siempre cogido á la mano de su extraño padre José de Nazareth. Ya veis, pues, que era hermoso. A más de eso, se le apuntaba la inteligencia con el vigor de un músculo que pide ejercicio.

Era un símbolo fuerte del célebre aforismo de Hipócrates, grabado con oro en el frontispicio de todas las Academias en que se enseña á estimar la vida: **mens sana in corpore sano.** Todo, absolutamente todo, si se quiere; todo, menos la larva de un cura.

Vivía en la misma tierra de su nacimiento, en Avila, de cuyo recinto cerrado no había salido nunca. Como todos los naturales de la histórica ciudad, los padres de Manolito tenían la pretensión de ser parientes, en grado más ó menos lejano, de Teresa de Jesús, la histérica. Esta circunstancia los obligaba á un mayor exceso de fanatismo religioso.

Además, eran ricos, y en la práctica del culto hallaban un remedio contra el hastío.

No hacer nada es imposible. La actividad es más fácil para los seres animados que la pasividad. Y el rezo en los labios es una actividad de los músculos bucales y, aun algunas veces, del pensamiento. Una ocupación, si queréis, como otra cualquiera.

Todo hablaba á la inteligencia de Manolito, desde la más tierna infancia, de Dios y del Cielo; todo parecía como puesto de acuerdo en la obra maldita de convertir el organismo fuerte y armó-

nico de aquel Jesús adolescente de la ciudad de Avila, en el organismo, sin músculos y sin sexo, de un sacerdote. El libro en que le enseñaran á leer; la obra de arte que admirara en el salón de la casa paterna; la conversación del padre; el diálogo con la madre; los ejercicios religiosos á que los entregaban con tanta periodicidad, aunque con más abundancia que el mismo recreo; las funciones de iglesia, deslumbradoras con sus hechizos de farsa teatral; la historia de Santa Teresa, repetida y cantada por todos los labios, apoplética, desfigurada, deforme, elevada de pronto desde la aleluya á la epopeya, rematada siempre por exclamaciones semejantes á estrofas; todo, completamente todo, hasta la luz, hasta el aire, eran cómplices del crimen concertado por los padres de Manolito la tarde en que decidieron dañinamente entregarlo ó abandonarlo al sacerdocio católico. Una combinación de circunstancias tan múltiples como las que se conjugaron para el establecimiento del imperio en Roma.

Nunca, jamás, en ninguna circunstancia de la vida, las catástrofes de los individuos ó de las colectividades obedecieron á una causa única. Son siempre originadas por una larga serie de sumandos procreadores. Lo que ocurre es que, en Historia como en Aritmética, los elementos homogéneos se suman, y es el total lo que preocupa la atención de las generaciones. El total, que en la historia de la humanidad se llama la fundación de las primeras nacionalidades, la invasión de la gente del Norte en el siglo V, la gran alborada de la Reforma en el XVI, y que en esta historia individual que voy refiriendo se llama la inmolación cruenta de un niño á los fanatismos de sus padres.

En lo que á mí atañe, creo ardientemente que ese es un hecho que vale la pena de ser referido.

Lo publico, pues. No fuera mas que porque afirma el documento humano, inagotable y eterno, y ya no sería completamente inútil la empresa de lanzar á la circulación este libro.

No eran pródigos de nada, ni de sensibilidad, ni de inteligencia, ni de dinero, los padres de nuestro protagonista. Eran, por lo contrario, como pertenecientes á una humanidad puramente de munición, temperamentos perfectamente acomodados al gusto medio, á la medida proporcional de todos. Ni buenos ni malos en absoluto, ni inteligentes ni bestias: una pareja humana, macho y hembra, viviendo sobre la tierra en que habían nacido, indiferente á cuanto pudiera pasar más allá del horizonte sensible que limitaba su vista, y feliz con la obsesión de la gloria en el Cielo y con la posesión del pan en la Tierra; comiendo todo lo que tenían necesidad, hasta quedar hartos, y rezando todo lo que habían menester hasta quedar tranquilizados y contentos. Autómatas que sólo eran capaces de ser peligrosos á causa del cerebro. Inofensivos, si no, como los arbustos ó las bestias domesticadas.

No eran pródigos, no lo eran por antecedentes hereditarios, por temperamento y por rutina, y realizaron sin embargo el prodigio de saltar, por el sólo impulso del fanatismo religioso, desde la tacañería hasta la prodigalidad más insensata, en homenaje de amor á Manolito.

De París, de Viena, de Roma, llegaban á la estación de Avila todos los días cuantos juguetes religiosos pudo soñar la fantasía de un principito enfermo; altares completos, vasos sagrados, atri-

les, monigotes de madera y de yeso representando á todas las celebridades del santoral católico; chirimbolos de metal con adornos de talco; cromos, candelabros, y hasta una araña de cristal soberbia para que pendiera del centro de la capilla é iluminara con los resplandores de sus veinticuatro bujías las solemnidades del culto. Toda la gente de buen sentido comenzó á escandalizarse de esto en Avila y en diez leguas á la redonda.

Los padres de Manolito eran demasiado débiles. Aquello era sacrílego: no debía reducirse á Dios al tamaño de un juguete. Pero D. Francisco y doña Juana dejaban hablar. Demasiado sabían á qué atenerse. La gente chillaba, porque en Avila no se conoce otra ocupación para el dinero que la de esconderlo en el fondo de los arcones antiguos. Pero sirve también para muchas cosas más, y entre otras, para comprar bulas contra la impiedad, que tanto vale el hacer decir misas de á duro en todas las iglesias, y el fomentar las inclinaciones religiosas de los chicos. Además de que á esos repulgos sublevados, como á casi todas las declamaciones de este bajo mundo, se les podía decir en son de mofa y seguros de no equivocarse: «¿es envidia ó caridad?»

¡Oh, sí, envidia!—¿qué tenía que ser?—envidia seguramente.

Aquellos fueron sus amores, los grandes y supremos amores de la vida del niño: la parodia del culto.

Puede afirmarse que no aprendió a leer si no para creerse, allá en las ambiciones inocentes de su casi-conciencia, más completamente sacerdote, con la mirada desparramándose sobre las páginas del libro que simulaba el misal, que no ignorando la interpretación de los signos del pensamiento escrito, como un profano de los campos.

Allí, postrado en oración ante el altar mayor de la capilla, con los brazos en cruz como un malvado que pide perdón de sus abominaciones al Dios de los Cielos, y con la cabeza distendida violentamente hacia lo alto por las inspiraciones del éxtasis, podría aquel niño ser más vicario de Cristo en la Tierra, por ser niño y por ser puro, que el Papa de Roma, en el instante mismo en que bendice con el extremo de sus índices, desde la más sagrada cámara del Vaticano, los cuatro extremos cardinales del Orbe, rodeado de su fastuosísima corte, vestido de raso, ornado de pedrería, grande, sin embargo, con toda la magnitud de los tiranos.
Amó en Cristo y en la Virgen á las dos representaciones más hermosas y más humanas del Catolicismo: el genio y la belleza. Y parecido á un disidente de los primeros tiempos, nególe la oración y el culto á todos los santos que no hubiesen tenido intervención en la espléndida iniciativa religiosa terminada para el Cristo con el drama del Calvario.

La capilla de Manolito no resultaba, pues, un Empíreo completo, porque de ella estaban desterrados á perpetuidad, por impotentes y nulas, todas las celebridades del **Año Cristiano**, excepción hecha de los doce apóstoles, de los ascendientes de Jesús de Nazareth, y de María Magdalena.

Un Padre Eterno alemán, de barro pintado, con tamañas barbas blancas que llegaban hasta el ombligo, fué hecho añicos por Manolito apenas desenvuelto del cajón en que venía, negándose, después de roto el muñeco, á dar más explicaciones que las que estaban contenidas en el hecho de romperlo. Lo había roto por feo y porque no se debía rezar á eso; ¡se acabó! Y que no le volvieran á mandar semejantes adefesios, porque no los quería para nada.

Ahí quedaron limitadas todas las razones que lograron sacarle del pensamiento.

Con la edad, sus ímpetus religiosos fueron calmándose. No que volviera la espalda al altar, pero sí que se olvidase muchas veces de echarle aceite á las lámparas de la capilla.

Amó entonces á la Naturaleza con los entusiasmos irreflexivos de la adolescencia, pero con la ternura también de los organismos viejos, traqueteados por la desgracia, que buscan en la vida del campo, más que agentes químicos con que reforzar los desgastamientos del cuerpo, agentes morales con que vigorizar el ejercicio de la conciencia, maltrecha y dolorida por los innobles combates que forman la crónica diaria en los sitios habitatados por el animal humano. Pero, relleno de espíritu religioso por todo su cuerpo, amó á la Naturaleza, á las soberbias vegetaciones y á los humildes arbustos, á las planicies y á las montañas, porque detrás de todo eso, de todas las cosas de la vida, veía á Dios, al Dois de la casa paterna, envuelto en resplandores de talco sobre el altarcito de la capilla, y porque era ese Dios quien tenía en su poder las dos grandes sentencias del Cielo y del Infierno.

¡Bien desdichado el que no le hiciera homenaje de toda el alma para gozar de la gloria en el santo Cielo un año, y dos, y tres; una eternidad de tiempo; más de cien años, como si dijéramos! ...¡Y luego, las llamas del Infierno! ¡Qué horror y qué vergüenza! ¡Entre los réprobos!

Lo habían amantado con esas ideas; iban disueltas en la leche que le dieron á mamar de niño: formaban parte de su organismo, del hierro de su sangre, de la cal de sus huesos.

Amar á Dios sobre todas las cosas. Ante los ojos fanatizados de la pobre criatura se combinaban las

estrellas del Cielo, como por arte sobrehumano, hasta formar con letras de fuego, que temblaban sobre el firmamento, la inscripción del primer mandamiento de la ley de Moisés: «Amar á Dios sobre todas las cosas.» Y lo amó arrebatadamente, con exclusión de otros amores superiores, rellena la fantasía de visiones luminosas, que eran todas ellas promesa formal de conquistar el Cielo.

Fué un idilio que corrió parejas con la estación en que se desarrollara. Nació y vivió con la primavera. Murió con ella también, porque el tiempo avanzaba, y no en balde, para el espíritu de Manolito.

A los diez años todavía se puede amar á Dios hasta el punto de encenderle luces sobre los altares. A los catorce el culto á la Divinidad comienza á debilitarse para dar plaza al culto de la Naturaleza. Y más adelante... ¡oh, sí! las páginas de un libro, una botella de buen vino y el regazo tibio de una mujer hermosa, ó que nos lo parezca, atraen siempre más, con mayor energía, á la criatura humana, que esos otros amores fríos con la Divinidad, ¡fríos hasta el punto de dar apariencias de hombres helados á los seres que se le consagran!

Decidieron que fuera cura: ya sabía Manolito leer y escribir, y ya podía, de consiguiente, entrar en el Seminario. Pero llegado el momento de la despedida, la madre, sin resignación bastante para separarse del pedazo aquel de sus entrañas, solicitaba y obtenía de su esposo una nueva prórroga, que iba alargándose así indefinidamente un mes, y otros, y otro, entre incertidumbres que eran una mortificación por adelantado de los tormentos de la ausencia.

En este ínterin murió el padre, y doña Juana, que ya venía de antiguo muy achacosa, no quiso desprenderse del hijo que, muerto D. Francisco, había llegado á constituir toda su familia. Muy creyente, sí, pero muy egoísta también. Y en esta lucha de sus creencias con sus afectos, si es que hubo lucha, vencieron sus afectos, por ser aquella mujer tan completamente terrena que nunca se le ocurrió mirar hacia arriba para nada.

Manolito sería cura, pero sólo entraría de alumno interno en el Seminario cuando ella muriera. ¡Ay! muy pronto de consiguiente. Ella notaba una grieta más en su cuerpo por donde á todo placer pudiera escaparse la vida á cada nuevo día que pasaba...

Notó que se moría, y no quiso marchar sin poner en orden su maleta para el viaje eterno.

Quiso antes dejar sus cuentas arregladas con Dios y con los hombres. Hizo testamento y se confesó.

Como toda su fortuna era consistente en bienes inmuebles, las formalidades transmisorias fueron bien sencillas: hizo testamento privado, en el que apenas tuvo que intervenir la curia para nada: dejaba un fuerte legado con destino al Seminario para el día en que Manolito celebrara misa por primera vez, y hasta sesenta mil duros en moneda, de los que cinco mil habían de emplearse en la celebración de misas por el sufragio de su alma y la de su esposo, otros cinco mil para los gastos seminarescos de su hijo, y el resto, un millón de reales, para que le fuera entregado á Manolito el día en que, hubiera recibido ó no todas las órdenes del sacerdocio, cumpliera los veinticinco años de su edad.

Otra de las cláusulas que formaban el testamento privado de la buena señora declaraba á

D. Juan Cedana y Godînez, rector del Seminario conciliar de Avila, como depositario de la expresada suma de sesenta mil duros, y como tutor y curador exclusivo del huérfano.

Cumplidos esos deberes postreros, doña Juana se tendió para morir.

Asi pasaron seis meses: en una lenta agonia de la madre y en un extraordinario apuntamiento de vida en el hijo.

Completamente desarrollado por fuera, verdaderamente hermoso, la obra de formación interna, la formación de su conciencia, vino á hacerlo completo. El desarrollo del cerebro se unió al de los músculos, y aquel niño quedó convertido en una fuerza.

Fué entonces, claro está, cuando comenzó, aunque tîmidamente, á formular su protesta contra todo lo que le rodeaba. No hallaba á Dios tan bello como en los años de la niñez, y no lo hallaba sobre todo tan justo como sería de desear en el que lo ha creado todo y dispone la caîda de la hoja del árbol que la sostiene.

Se dijo á sî propio que más allá de las montañas que limitaban su vista cuando acertaba á pasear por los alrededores de la población, debería haber más tierra, más cielo, hombres y mujeres quizás distintos en su complexión y en sus costumbres que los de Avila; y pensó también algo vagamente, como quien vacila, pensó que no puede ser el destino del hombre sobre la tierra vivir siempre estacionado en el mismo sitio, contemplando los mismos horizontes, respirando la misma proporción de agentes quîmicos en la atmósfera, mordiendo los mismos alimentos, formando

parte de la misma organización de costumbres; y todo eso, más que como quien tiene dos piernas admirablemente conformadas para la locomoción, como quien cria raíces en el suelo, hasta quedar clavado en él á semejanza de los vegetales y haciendo la misma vida orgánica que ellos, salvo escasas diferencias.

¡Ah, no, y luego que el primer libro de Geografia con que toparon sus manos fué una espléndida revelación, tan brusca, que le hubiera hecho gritar ¡tierra! como á un navegante, si en vez de buscar una isla cualquiera allá en el fondo de ese Oceano que solo conocía por la finísimas ondulaciones de azul con que lo indican en los mapas.

¡No; ni Dios ni Avila! Una y otra cosa, las dos á la vez, si era preciso, pero á condición de que no pretendieran ser exclusivas en el culto ardiente de su alma. Fuera de las ciudades están los campos, y más allá otras ciudades, y luego otras, y más allá otras, y siempre así, indefinidamente...

Hacerse ciudadano de una sola vale tanto como sublevarse contra la humanidad, ingresando de golpe y porrazo en los dominios de la botánica. Se deja de ser hombre para transformarse en arbusto. Un arbusto humano, si se quiere. Pero la vida es el movimiento, y no es quien más ha vivido el que ha sumado en su existencia mayor número de años, sino aquel que ha visto más cosas. ¿Quién habla, pues, de permanecer siempre en el mismo sitio, sin declararse, solo por eso, estúpido y rebelde?

¡Ah, no; él no quería el Seminario ni el sacerdocio; él no quería ser un elemento bestia y ciego de la Naturaleza! Quería la libertad, y se la pedía á Dios de rodillas, con lágrimas en los ojos, todas las noches, desde la alcoba inmediata á la en que su madre fenecía.

Sí; creía ciegamente en Dios, continuaba creyendo en él, y ansiaba su gloria, y se retorcía como un epiléptico solo ante la visión del Infierno. Pero por eso mismo no lo quería por adelantado, desde la misma tierra. Y el Seminario era una prisión, y una prisión puede ser muy semejante á un infierno; que no se mide la felicidad en las cárceles por lo espaciosos que puedan ser los calabozos.

¡Ah! si su madre no estuviera enferma, si no la viera postrada en la cama, qué poco tiempo tardaría en decirle: «Vámonos, mamá; vámonos de Avila, que el mundo no es el espacio cercado por las murallas de esta población en que vivimos. Vámonos fuera, adonde usted disponga, y luego á otro sitio, y después á otro, hasta que nos cansemos de dar tumbos por la tierra indefinidamente. ¿Para qué sirven esas monedas doradas que esconde usted con tanto afán en el arcón de mamá abuelita si no es para que ellas nos permitan satisfacer nuestros deseos? He leído en los libros que hay tierras donde alumbra un sol más nuevo que el de aquí, y en las que florece el dátil y el limón y la naranja, y yo no sé cuantas cosas más de las hermosuras que Dios cría. Vámonos pronto á cogerlas nosotros mismos de sus propias ramas. Yo sé positivamente que no se ha de ofender mi Dios por eso; y, además, mamá, mamá mía, yo no quiero ser sacerdote. Ese traje negro, compuesto de faldas como el de las mujeres, me da tristeza el verlo. Mira, tienta aquí, en los brazos. ¿Ves qué duro está? Es que no han nacido para levantar objetos tan poco pesados como la hostia de redención ó el cáliz; es, mamá, que á mí no me gustaría el que me detuvieran los chicos en mi camino para besarme las manos, porque yo no las puedo conservar puras toda la vida; ¿ó es que te empeñas decididamente en que yo me vista con un uni-

forme? Bueno, pues seré militar; seguiré la carrera de las armas. ¿Quieres, si? Porque yo te juro que he habías de ver por esas calles vestido de general, montado á caballo...

¡Ay, pero desgraciadamente no fué posible! Doña Juana se moría por instantes, y Manolito no quiso hacer de su lengua en puñal con que dar muerte. Se calló. Y como su madre podía morir de un momento á otro, declarada en inminente peligro por los médicos, se encerró en la casa decidido á no salir de ella hasta que vinieran á arrancarlo para el Seminario, hosco, sombrío, completamente disgustado de la vida antes de haberla vivido. Y como no le era posible alentar sin dar ocupación á la inteligencia, sin leer algo, sin ocuparse en algo, cogió á la ventura el primer libro con que toparon sus manos en la reducida biblioteca paterna. Un excitante ¡para él que estaba enfermo de fiebre! **Los viajes del capitán Cock.**

Dos días después moría su madre, exigiéndole la promesa, entre ansias y congojas y estertores, de que, según su voluntad y la de su padre, abrazaría el sacerdocio.

El juró, como juran los niños en los momentos graves, con una sinceridad enorme, darle gusto en lo que le pedía.

Al día siguiente ingresó en el Seminario.

Aun quedaba en la casa el cadáver de aquella mujer que lo había parido, rodeado de blandones y velado por extraños.

...¡La última ofrenda!



II

Ingreso en la sombra.

Entró acompañado del rector del establecimiento. Durante el trayecto volvió repetidas veces la cabeza, como para despedirse mentalmente, con toda su alma, otra vez más, de aquella triste y pálida mujer que, con las manos agarrotadas sobre el pecho sosteniedo el crucifijo, tendida trágicamente panza arriba en toda su extensión sobre el fondo de su caja de madera, abiertos los ojos, desencajada la boca por el último estertor, con el vientre abultado como el de una mujer preñada de nueve meses, quedaba allí en la más grande habitación de la casa, abandonada al cuidado banal de los dependientes de la Funeraria, como si aquel cadáver de una que fué mujer no hubiera dejado ningún rastro de amor por el mundo... como una de esas mendigas que se agotan en las camas de la beneficiencia pública...

Pasaron directamente á la secretaría.

Allí el rector presentó al nuevo seminarista á dos curas que, con los bonetes tirados hacia atrás y las faldas de la sotana levantadas, jugaban á la brisca.

—El hijo de esa pobre señora que vamos á enterrar esta tarde, ya sabéis, de doña Juana: y estos dos señores—añadió dirigiéndose á la malaventu-

rada criatura y señalando la pareja de presbîteros, —dos catedráticos de la casa que tienen el encargo de enseñar á los niños inteligentes muchas cosas buenas...

Aunque á gran distancia de toda la realidad que voy describiendo, el niño se inclinó ligeramente. Uno de los sacerdotes preguntó:

—¿Te gusta ser cura? ¿Vas á seguir la carrera? Respondió afirmativamente con un movimiento de cabeza. Le ahogaba la angustia. No podîa hablar. Aquellos brutos no lo comprendîan. ¡Ay; aquella madre de su alma á quien dejaba sola!...

—Aquî te vas á encontrar con muchos amiguitos. Tenemos infinitos niños de tu edad con los que harás seguramente buenas migas... Ya verás... Aprenderás el latîn... y tendrás tus dos horas de recreo todas las tardes... Luego, los domingos, ¡á soltar los libros, y á coger la beca, y al campo con ella á esparcir el ánimo! ¡Vas á estar mejor que en tu casa!...

¡Mejor que en su casa! Ya no pudo contenerse. Rompió á llorar convulsivamente.

—¡Vamos, tonto, no te aflijas!...—y luego, como quien recuerda...—pero es natural...¡su madre!...

El más joven de los dos sacerdotes que jugaban sintió en el pecho ese dolor que experimentan los hombres á presencia de una desgracia cualquiera, mucho más intenso cuando se trata de la desventura de un niño. Se levantó del asiento que ocupaba y cogió al sin ventura una de sus manos, completamente mojada por la abundancia de las lágrimas. La estrechó contra su pecho como un hermano mayor que sabe por experiencia el infinito consuelo que puede caber en una caricia, y lo besó en la frente, compadecido de aquella pena tan bien sentida y tan sincera...

—Vamos, hijo mío, hay que resignarse. Dios lo ha querido, era tu madre era una santa, y ya estará en el Cielo... Ya ves, ha tenido la muerte del justo...

¡La muerte del justo, sí, porque fué la suya una agonía por consunción, después de seis meses de estar espirando!

Y á cada instante, como un estribillo obligado, la misma eterna y monótona canturia...

—Ya estará en el Cielo... ya estará en el cielo...

—Sí, ya estará en el Cielo—podía haber contestado la pobre criatura si hubiera tenido conciencia entera de lo que le pasaba;—ya estará en el Cielo; pero yo, ¿qué es lo que me voy hacer solo, y abandonado, y sin experiencia, y entre ustedes, qué es lo que me voy á hacer sobre la Tierra?

No dejaba de llorar: siguió llorando. Como una hemorragia que no puede contenerse, las lágrimas acudían á los ojos del niño con tanta abundancia, que bien claramente se adivinaba que no dejaría de llorar hasta que quedara exhausto de ellas. Estaba herido por dentro y vertía la clase de sangre que es propia de ese género de heridas. Se debilitaba á todas luces, pero no había ninguna ligadura capaz de fundir los extremos de la arteria destrozada. Hubiera saltado sin remisión al impetu de la sangre que el corazón azotaba desesperadamente fuera del organismo...

Vencida la crisis, sofocado el sollozo, y los ojos impotentes ya para llorar, el niño volvió á caer sobre el mismo asiento de que la violencia del dolor lo levantara. Quedó rendido, y helo ahí todo. Es el mismo sentimiento de angustia, puramente física, con que reposan los naufragos sobre la arena.

Dejó de pensar en su madre, en su casa abandonada, en las tristezas del nuevo hogar semejante á un castigo, donde, á partir de los momentos aquellos, se vería forzado á dejar que se consumiera su vida; dejó de pensar en todo, indiferente y estúpido; y en aquel cerebro, donde la idea se había hospedado como señora y castellana, no quedó sino un vacío tan completo que daba lugar á creer si las lágrimas serán para los que las derraman sintiendo como una especie de poderoso ácido de la inteligencia. Se hizo la paz en su conciencia por modo tan absoluto como si le hubieran segado la cabeza.

¡Entonces, es que ya está completamente tranquilo! Y creyéndolo así, el rector invitó á uno de los sacerdotes para que acompañara al niño por todas las dependencias del Seminario, de suerte que quedara iniciado en las interioridades de su nueva casa.

No era eso precisamente lo que deseaba Manolito, pero sí era algo de eso. Quería salir de la secretaría, perder de vista, aunque sólo fuera por unos momentos, á aquellos sayones fúnebres que lo habían arrancado violentamente, casi cogiéndolo por la cintura y tirando de él con fuerza, del lecho mortuorio en que reposaba la madre de su alma, ¡ay! tan muerta, tan completamente muerta, que había podido presenciar la escena con la irritante pasividad de lo inorgánico, sin incorporarse en su ataúd para gritar desaforadamente, como se gritan ordinariamente esas cosas: ¡eh, socorro, venid en mi ayuda; socorro, que me roban á mi hijo y no sé en lo que se proponen convertirlo estos espantosos hombres negros que rodean mi lecho! ¡Socorro, que yo no me puedo valer, sola como estoy, y vencida por la muerte para siempre! Pero continuó inmóvil y tranquila, sin otra

actividad que la de la fermentación con que principiaba á descomponerse su cuerpo.

Aquella masa de carne insensible y fofa que había dejado en el féretro, ya no era su madre, sino todo lo contrario de eso, la negación de su madre; y por eso habían podido arrancarle violentamente de su casa los hombres negros del Seminario, sin que ninguna voluntad humana se hubiera presentado para socorrerlo.

Al salir de la secretaría lanzó un gran suspiro de satisfacción. ¡Ah, es que al aire libre, llevando alguna extensión de cielo sobre la cabeza, los estados pasionales ceden en su violencia, como determinados que están casi siempre por la aspiración pulmonar del nocivo miasma humano! Por eso es propio de la desgracia buscar sus habitaciones en los sitios donde no anidan ni aun las aves de aletear más poderoso, en los altos picachos de las sierras y en los barrios más apartados de la poblaciones. Lo que es que la desgracia no siempre puede...

Era ya tarde; el día iba de vencida; habían terminado de consiguiente las horas de clase, y así es que pudieron recorrerlo todo, visitar todos los rincones del calabozo.

Mostróle el sacerdote al niño en primer término los sitios de recreo, dejando para último lugar las habitaciones de trabajo y tormento. El jardín era alegre y espacioso, lleno de ambiente, protegido en la longitud de su área por altos murallones de piedra berroqueña y cemento romano, coronados en toda la extensión de su superficie por guijarros puntiagudos y cachos de vidrio roto. Estaba constituido en su primer término por una especie de

parterre de calles enarenadas y simétricas, semejantes á las avenidas de los parques de recreo, y limitado allá en el fondo por una gran extensión de terreno dedicado á huerta: abundaban en ella los árboles frutales y toda clase de hortalizas, de modo que la alimentación de los asilados en el Seminario era esencialmente frugívora, como la de los animales rumiantes... Y á pesar de que el jardín no debería tener una cuenta corriente muy activa con la Naturaleza, según lo despreciado que estaba por ella, era tanto lo que la mano del hombre le había añadido, y quitado, y vuelto á poner, que en Avila era legendaria la fama de que un obispo había llamado al jardín aquel **su paraíso...** ¡Y bien que servía para dar de comer á los muchachos y para divertirlos en las horas de recreo, haciéndoles olvidar las insoportables tristezas, las grandes miserias de la clausura!

Contemplándolo, se sintió Manolito reconciliado con la vida.

Y cuando para continuar haciendo su viaje de exploración se vió forzado á volverle la espalda, lo sintió como quien se separa de un amigo, y tornó á cubrírsele de sombras el pensamiento.

La hora de comer, ¡oh, la vida en común, como en las cárceles y en los conventos! ¡sobre ciento cincuenta seminaristas rodeando la mesa del refectorio! fué más triste, si cabe, que las consagradas al descanso y el sueño. No pudo probar bocado, llena de nudos la garganta, congestionada la cabeza con los recuerdos del hogar paterno. ¡Aquel comedor tan limpio y tan alegre, donde no hubo una sola comida que no pareciera una fiesta!

Estaba la mesa presidida por el profesor de guardia. Los inspectores recorrían pausadamente el comedor, llevando las manos cruzadas á la espalda y cuidando de que no se turbara el orden disciplinario, mientras que de lo alto de una tribuna, colocada en el centro justo de la pieza, la voz gangosa de un interno daba lectura al capítulo del **Año Cristiano** que era correspondiente al día aquel; y luego, concluído el capítulo y para no dejar sin ruido molesto á los comensales, seguía leyendo trozos de los Evangelios, elegidos por el azar ó la preferencia, é insoportables ya á fuerza de sabidos y resabidos, sin auditorio muchas veces, sin auditorio casi siempre, preocupados exclusivamente los alumnos con el plato que tenían delante de las narices.

Tras de la cena vino media hora de recreo.

Luego rezaron todos las oraciones de la tarde, y á las ocho el **estudio,** también en común, vigilados de cerca por los profesores de guardia.

A las diez y media ya no se permitía luz encendida en el dormitorio de los alumnos, á menos que no hubieran llegado á ciertos grados superiores de la carrera.

Todas estas aplicaciones del tiempo se anunciaban por medio de campanadas. Habían sustituído con una gran campana, colocada en el patio central de la casa, los clarines de los regimientos.

Ya en la cama, con los ojos completamente abiertos en el espesor de las tinieblas, sintiendo sobre la carne el contacto de unas sábanas que no eran suyas, en aquella cama, que tampoco era suya, perteneciente todo á una subsistencia alquilada, tuvo

una mayor conciencia de su propia miseria, y lloró con más abundancia todavía que algunas horas antes. ¡Entonces es que las lágrimas son infinitas!

Evocó luego el recuerdo de la muerta, que en aquellos momentos sufría su primer jornada de abandono debajo de la tierra, en una especie de horrible noche de boda con la eternidad, y obseso con ideas cuyo simbolismo era completamente fúnebre, tuvo miedo y llamó, llamó á gritos en solicitud de auxilio, horrorizado de las visiones de su pensamiento, en ropas menores, tan pálido como si él también se hubiera muerto. Perdió el conocimiento y fué trasladado á la enfermería.

Así pasó su primer noche en el Seminario: pero á la mañana siguiente, con la fiebre que huía, vino la reacción, y ya no quedó de aquella grande angustia que parecía inconsolable sino lo que resta algunas veces, y no siempre, de los hechos humanos más imponderables de grandeza: el recuerdo, acompañado de la crítica ó de la indiferencia.

III

Et lux facta est.

Han dado las ocho y va á comenzar la clase de primer año de latín.

Los alumnos externos pasean, confundidos con los internos, por la espaciosa y fúnebre crujía, en uno de cuyos extremos se encuentra el aula á que pertenecen. Por fuera hace un día magnífico, pero en aquel interior de tumba es una medrosa luz crepuscular la que apenas si acierta á alumbrar tímidamente las personas y las cosas.

Es el mes de Marzo y hace allí un frío de Diciembre: son las ocho de la mañana y parece el oscurecer de un día nublado. Sin embargo, la juventud, que donde halla un cacho de terreno en que realizarse se manifiesta toda entera, hacía subir en muchos grados la temperatura, con ese calor puramente animal, que, semejante á un vaho, deja salir á la continua de sus poros; y sobre todo, y más que por eso, por la esplendidez con que representaba á la vida universal y eterna en aquel fúnebre edificio, que hacía pensar vagamente á los que se internaban por sus tinieblas en las tumbas de los Faraones, grandes como montañas, seccionadas por dentro como las ciudades.

Sin embargo, en las actitudes, en el mesuramiento de los pasos, en la tonalidad acobardada

con que se emiten las palabras, se echa de ver, bien claramente, que en aquel instituto, ó cárcel, ó lo que sea, la juventud está prohibida como un pecado de los más gordos.

Hay fuego en casi todas las pupilas... ¡cómo no á los catorce y dieciséis años! pero los ojos miran al suelo, y no parece sino que la ocupación de aquellos jóvenes consiste en contar los ladrillos de que está formado el pavimento de la crujía.

Se hablan unos á otros al oído, con la menor cantidad de gestos posibles, los últimos chismes de la casa, y algunos llevan su seriedad hasta el punto de pasear solitarios con el libro abierto ante los ojos, para darle el último repaso á la lección, y tal vez para aprendérsela entonces; holgazanes que todo lo dejan para el último momento.

El portero de la casa, que es un viejecito muy afeitado, amarillento de vivir en la sombra, provisto de una manojo de llaves, atraviesa por entre los grupos de seminaristas, sin inmutarse poco ni mucho por los ¡oh, oh!... con que es acogida su presencia, y abre la puerta del aula. ¡Allí fué Troya! Todos quisieron ser los primeros en ocupar los bancos inmediatos á la plataforma del catedrático, porque ya sabían por experiencia que era generalmente á esos á los que no les preguntaba nunca, la lección. Hubo entonces la batahola que producen los rebaños y las muchedumbres humanas al acomodarse en un sitio cualquiera. Y luego... «¡atención!... ¡ya viene!... ¡ya está aquí!» todo aquel ruido que cesaba por encanto.

El profesor ocupó su sitio, y se frotó, como de costumbre, las manos una con otra, y luego con las dos la frente. Era ese el comienzo obligado de todas sus conferecias. Pasó después la lista con tono malhumorado...—Antonio Díaz—Servidor.—Juan Manescán...—Servidor.—Telesforo Anguita...—Aquí se

hizo un gran silencio. Se hallaba ausente de la clase el alumno á quien mentaban...—«Eso está bien; otra falta: ya lleva cinco; la mitad del camino andado; á la diez lo expulso de la clase.»

Al citar á uno, á uno de los fulanos de su aula, antes de dar por rematada la lectura de la lista y encontrarse con que también **había hecho falta**, el cura se descompuso de indignación, apareciendo su cabeza como congestionada. Abrió la boca, y aquello fué como si se hubiera abierto la puerta de una letrina. Todas las inmundicias de su pensamiento desaguaron en oleadas fangosas por los labios del sacerdote, convertidos ahora en verdaderos morros por la hinchazón con que los deformaba la rabia —...¡Granuja, pillo... hijo de condenado! ¡Habrá ido á robar frutas á las huertas! ¡No he de parar hasta verlo preso!...

Había motivos para eso y para mucho más. El profesor tenía una hermana, y no hacía mucho tiempo que la había sorprendido revolcándose con el alumno que **había hecho falta** detrás de las tapias del mismo Seminario, como dos animales jóvenes fundidos en amor por la lujuria. Desde entonces habíale jurado odio eterno al colegial, y eso hasta el punto de tenerle siempre señalada la cabeza con los golpes que le daba.

—Bueno: otra vez que me ha faltado ese charrán, á quien los demonios se lo coman. Pero lo que es á ese no lo expulso por mucho que me falte á clase. ¡A ese condenado lo necesito para mí solo...!

Como si estuviera formada de una sola sensibilidad, de un solo cuerpo común de todos, la clase temblaba al unísono, aporreada por el mismo instinto de terror loco. Eran esos los días de borrascas, y en ellos siempre tenían que arrojar las

olas víctimas á la orilla; siempre había angustias de naufragio...

—¡A ver, tú, el primero, como te llames; la lección!

El niño, el **primero**, se quedó cortado. No aguardaba esa demanda **ex-abrupto...**

—¡De rodillas y en cruz...! ¡Otro; el segundo...!
La misma expresión de asombro.

—¡De rodillas también! ¡El tercero, y **ale** que tengo prisa...!

Y luego con voz de trueno:

—¡Todo el primer banco de rodillas!

Era su modo de administrar justicia. ¿Y qué? En el mundo también pagan justos por pecadores. Una tempestad no distingue entre templos y lupanares. Y él no se contentaba con menos que con ser un rayo frente á frente de aquellos pobres seres aterrados...

De pronto nombró á uno, á aquel que estaba más lejos de la plataforma. Como el milano, gustábale cernirse mucho tiempo sobre los aires antes de caer sobre su presa.

—¡Tú; la lección, corriendo!

Se había levantado de una sola distensión muscular poderosa del sillon profesoral, y paseaba á grandes zancadas por la amplia plataforma, con el aspecto de una fiera que amenaza escaparse de su jaula, soliviantada por cualquiera de esas grandes pasiones que acometen á las bestias.

El niño, con voz tímida, agarrotada por el miedo, comenzó á decirla. La sabía.

—¡Más alto, más alto, que yo te oiga! ¿O es que tú eres de los que se creen que yo me como á los niños crudos?

Y para probarle que se equivocaba si había creído eso, lo castigó con una mayor agravación de pena que á los otros, mandándolo hincarse de rodillas en medio del patio, los brazos en cruz y una porción de libros en cada mano, con las palmas extendidas hacia arriba...

Ibase ya á cumplir la sentencia, cuando —¡caso inaudito, y que heló de espanto á toda la clase!— un niño protestó.—Aquello no debía ser y no debía ser. Su amigo sabía la lección como el primero...

Avanzó hacia la plataforma el sublevado. Nadie le había pedido tanto, y él lo hacía sin embargo. Avanzó muy pálido, pero con la cabeza erguida. Era un interno, Manolito... Un héroe.

El mismo profesor se quedó admirado.

—Eso que ha dispuesto usted no es justo. Digo que no debe ser.

El profesor se echó á reir desde la altura de su desprecio.

—Pero ¿quién te mete á ti, monigote, á defender las causas perdidas?

—Digo que no debe ser...—con firmeza, como quien sabe de memoria toda la teoría del martirio, y no lo rehusa sin embargo;—yo seré ó no seré un monigote, como usted dice; pero mi amigo se sabe la lección mejor que todos nosotros. —Y luego, de pronto, como quien en un momento de perdición halla la fórmula que salva...—Castígueme usted por él, si le da á usted lo mismo.

El profesor aceptó. Aceptó por hacer más arbitrario y más riguroso el castigo. Más arbitrario sobre todo. Viene á ser esto una parodia viva de la hazaña que la leyenda del de Trastamara atribuye á D. Pedro I de Castilla aceptando la vida

del hijo joven por la del septuagenario condenado á muerte.

En aquel punto mismo dió el profesor por terminada la clase, y diez minutos después ya estaba el sublevado en el calabozo, privado de la luz y del aire, como todos los redentores que se lanzan á la acción y son vencidos en la demanda.

IV

Luz en la sombra.

Habia comenzado aquella amistad desde los primeros dias de su ingreso en el Seminario: acababa de perder con su madre á todas las personas que pudieran interesarse por él en el mundo, y era más huérfano todavía que esas criaturitas que nacen y viven en medio de la calle, derivadas por las conjugaciones insensatas del azar y del vicio; porque al fin y á la postre, esos vagabundos cuentan con la caridad de la gente, y Manolito, encerrado entre los murallones espesos del Seminario, no podia contar con otra cosa que con la crueldad del clero y aun con alguna también de los indiferentes que le rodeaban, lo cual no es un elemento muy positivo que digamos para vivir tranquilamente. Notábalo así Manolito, sentíalo así, desde que le fué dable hacer procesos de sus sensaciones; y ansioso de cariño como estaba, rebosando ternura por todos los espacios huecos de su cuerpo, verdaderamente pletórico de un afán de amor que lo hacía sonreir como un tonto ante el pedazo de Naturaleza que contemplaba tras de los barrotes de su celda, ó desde el mismo campo los días de asueto que dedicaban al paseo, al paseo procesional de los domingos, de dos en dos, muy en fila, y los seminaristas menores de dieciséis

años cogidos de la mano, prestándose el auxilio mutuo de su recîproca debilidad; necesitando querer y ser querido por alguien en la misma proporción de cariño que el aire lleva de oxîgeno, vió en uno de sus compañeros un objeto de sus simpatîas, y se dedicó á quererlo y hasta á protegerlo, porque el amigo elegido era débil y asustadizo, con todo el ardor que su naturaleza apasionada ponîa siempre á disposición de cuantas empresas acometîa.

Por eso lo habîa defendido en la clase con todo su cuerpo contra la irritante arbitraried del catedrático de latîn.

Tuvo Manolito, á presencia de aquel niño que inspiraba á las virginidades de su afecto el sentimiento de la amistad, tuvo, con ser tan fuerte, el mismo instinto ciego de las vegetaciones parásitas en el momento en que dirigen sus ramas, que parecen tentáculos, al tronco ó al muro donde se proponen agotar la vida en un fuerte abrazo que no languidezca nunca. Inclinó hacia él todas sus sensibilidades, y la conjunción quedó hecha. Ya vereis cómo...

Acababa de salir de la enfermerîa: daba por el jardîn su primer paseo de convaleciente; la tarde, con ser de otoño, era de esas que parecen como un saludo reverente y tierno de la Naturaleza al hombre. Daban ganas de vivir, y todas las desesperaciones y todas las nostalgias humanas con seguridad que se deshacîan tiernamente en conjugaciones entusiastas que eran una afirmación más de las armonîas universales. Es la boda de oro, constantemente renovada, de la Naturaleza fîsica con todos los seres animados que son sus feudatarios. El niño se creyó invitado y acudió á la cita, llamándose á la parte en la espléndida re-

partición de luces, de perfumes y de colores. Fué una delicia.

Al principio paseó solo, sin mas compañero que un libro cualquiera, en el que no leía. Luego, á la hora de recreo, aquel jardín tan silencioso, en el que no se oían otros ruidos que los himnos que los pájaros y las hojas de los árboles parecen cantar á la vida, se llenó de una loca algazara de vocecitas frescas y juveniles, de estruendos inarticulados, de carreras tortuosas sobre la arena del parque, cuyos estruendos, fundidos en una gamma ensordecedora, admirablemente sinfónica, sólo podrían ser explicados por ideas de relación, estableciendo comparaciones: era como si en el teatro wagneriano de Bayreutch tomara parte en la representación del **Tannahusser**, ó del **Lonhegrin**, ó del **Buque fantasma**, ó de la **Leyenda de los Niebelunges**, un aquelarre completo de brujas frenéticas, descoyuntadas, y sin contención posible en la carrera, como en sus fiestas de los sábados. Una gamma tan extraña de sonidos, que hacía creer en el predominio, quizás posible, de lo sobrenatural en las cosas de la Tierra.

No conocía á nadie Manlito; no tenía el derecho de dirigirle la palabra á ninguno de sus compañeros; y así es que, retirándose de los sitios en que había mayor muchedumbre, confinado voluntario, confinado por timidez, fuése á uno de los ángulos del jardín, al más apartado que alcanzó su vista; y por hacer algo, divorciado ya por completo de aquella Naturaleza que parecía sonreir alrededor suyo, abrió el libro que llevaba bajo el brazo, y leyeron en él sus ojos, sin que la inteligencia le ayudara para nada, ni aun se mostrara apercibida del grosero ejercicio de los sentidos.

Leyó mecánicamente un buen rato, y hubiera leído más tiempo, todo sin gran conciencia de lo

que hacía, si no le hubiera interrumpido en su ejercicio uno de los internos, que desde hacía algunos minutos daba vueltas alrededor del banco que ocupaba Manolito, como quien tiene que revelar una cosa muy importante, y no se atreve sin embargo.

De pronto, y viendo que Manolito dejaba de leer, cerraba el libro, el niño tomó una determinación heroica: la de dirigirle su palabra al solitario. Y ya puesto en acción, fué capaz de todas las audacias propias de los temperamentos tímidos. Díjole á Manolito todo lo que quería, de una vez, sin andarse en melindres de expresión ó de frase, sin preparación ninguna.

—¿Quiere usted que seamos amigos? Yo quiero ser amigo de usted.

¡Oh! Manolito respondió afirmativamente, con toda la efusión de su alma...

—¿Quiere usted que nos hablemos de tú? Es cargante eso de hablarse de **usted**, como los viejos.

Y después de estas dos preguntas preliminares, vinieron las esenciales, las que son músculo y nervio en la vida de relación de las especies humanas.

—¿Cómo te llamas?

—Y tú, ¿cómo te llamas también?

Se llamaba Federico.

—¿Te gusta? Yo quisiera llamarme Manolito, como tú... Mira, te vi entrar el día que viniste. Venías llorando, para que veas que no te engaño. Te acompañaba el señor rector. Luego entraron ustedes dos en la secretaría, y ya no salisteis de allí en mucho tiempo. En el refectorio no probaste bocado. A mí me castigaron la tarde aquella porque pedí que me sentaran á tu lado. Ya ves que era amigo tuyo sin conocerte..

Quedó tan enternecido Manolito que no pudo articular palabra... Sólo que le provocaba ganas de

llorar el oir á su compañero, y eso le daba muchísima vergüenza... ¡El llanto siempre en los ojos, como los niños chiquitines!...

—...luego, sufrí mucho cuando supe que estabas malo y que te habían llevado á la enfermería. ¡Yo hubiera querido ir por ti, al serme eso posible!...

¡Ah, fué un grito, un grito animal, de reconocimiento, lo que salió de la boca de Manolito oyendo aquellas palabras!—«¡Yo habría ido por ti á la enfermería, si eso hubiera sido posible!...»

¡Entonces es que desde aquella tarde ya no estaba completamente huérfano, como en los días anteriores! Sintió impulsos de arrodillarse. Una gran bandada de palomas blancas pasó en aquellos momentos casi rozando sobre las cabezas de los dos niños confundidos...

Hablaron luego de cosas indiferentes; de que las camas eran muy duras; de que los niños son muy crueles con los compañeros que no conocen; de que el cocinero no debía echar tantas patatas en el cocido; de que el profesor de latín era tan malo que había hecho enfermar á dos ó tres niños á fuerza de palizas, y el de geografía también, y el de retórica, y todos, menos el rector... ¡ah! pero ese, porque no regentaba cátedra ninguna y no tenía trato con los seminaristas!...

Hablaron también, pero á chorros, intermitentemente, quitándose el uno al otro la palabra de la boca, de cosas vagas, lejanas...—de lo hermosa que sería la libertad por esos campos...—de lo grande que les habían dicho que era Madrid...—de batallas... hasta que Manolito interrumpió el diálogo para decir:

—¿Sabes, Federico? He perdido á mi madre. No tengo á nadie en el mundo... soy muy desgraciado...

¡Dios de Dios! ¡Qué horrible declaración esa, qué amarguísima arcada de bilis, en la boca de

un niño que por el hecho simplísimo de ser niño, sólo debería gustar mieles!

—¿Sí? ¿De verdad no tienes madre, ni padre, ni nadie que te quiera? Bueno, pues aquí me estoy yo, que soy capaz de quererte por todos juntos. De veras. ¿Y sabes lo que te digo? Que más vale eso, que no tener, como á mí me pasa, un tío que es también cura, y que, después de haberse portado muy mal conmigo, me encierra en esta casa, castigándome por cosas imaginarias que yo no he pensado hacer nunca... figúrate tú... bueno... Yo sé que tú no se lo vas á decir á nadie... ¡con lo que odio á los curas!...—Y después de una pausa.—¡Sí! ¡Me han hecho mucho daño, me han pegado muchas veces y me han encerrado en este sitio porque no quería ser sacerdote..

Así se fundieron aquellas dos almas.

A partir de la tarde en que quedó establecido el consorcio, sus corazones no hicieron sino acercarse un poco más todos los días. Tenía necesidad de Federico, lo necesitaba como el aire para la respiración, y así no es de extrañar que hiciera de él su amigo, su único amigo; y á pesar de que lo notaba débil y enfermo, á pesar de que lo notaba niño y completamente varón por todos los cuatro costados, insaciable de sensibilidad, no lo quiso amigo sólo, é hizo de él padre y madre y súbdito y caudillo, todo en una pieza. Hizo de él el objeto de sus ternuras, una dilatación del propio sér y sustancia. Y tuvo momentos en que, al verlo rodeado de sus compañeros de clase, le brillaron los ojos como á un dogo que teme que le arrebaten su presa. Había en ese afecto un germen fuerte de amores poderosos que habían de estallar en el porve-

mir, conforme fuera girando el planeta sobre su eje.

¡Ah, él ya sabía por las revelaciones de Federico, y algo también por su propia experiencia, que lo que es con el cariño de los profesores del Seminario no tenía que contar para nada. Se le consideraba, porque era rico y porque el jefe de la casa era su tutor y curador, porque le guardaba una fortuna de cincuenta y cinco mil duros que había heredado de sus padres, y porque les tenía cuenta hacerle ver que el lóbrego edificio en que su juventud se agostaba era una magnífica prolongación del Cielo... Pero ¡en cuanto á cariño!... ¡Bah!... ¿Es por ventura que un sacerdote puede querer sino á la sotana que lleva puesta?

Pero pasó algún tiempo, seis meses; y después de seis meses de estancia en el Seminario, después de notarse completamente solo y abandonado, no es de extrañar que la pobre criatura hubiera aprendido á pensar por cuenta propia. Careciera del poder del pensamiento, fuera completamente acéfalo, y aun le quedarían instintos para advertirle en el cura al enemigo.

Llegó á tomarle horror; en sus noches insomnes, en sus pesadillas, se le aparecía siempre el espectáculo de la sotana.

Cuando se acostaba del lado izquierdo soñaba siembre con un espantoso cura completamente negro, que le roía las entrañas y le sorbía la sangre, con delectaciones de vampiro... Iba, además, la visión del cura amorosamente unida á todos sus recuerdos desagradables...

Llegó á considerar en su espíritu, aunque de un

modo vago todavía, como verdaderos sitios de maldición todos aquéllos en los que viera colgados un manteo ó una sotana.

Se notaba congestionada la cabeza cuando se veía forzado á hablar delante de sus profesores, y aun una vez le acometió un accidente, porque estando hablando con unos niños, á la hora del recreo, volvió la cabeza y se encontró inopinadamente con uno de los catedráticos de la casa, que también formaba parte de su auditorio.

¡Ah, si todos los niños estuvieran dotados de ese mismo instinto de horror al clero, qué poca cosa había de representar la teocracia para nosotros, y qué pronto se habría de hacer el día pleno en nuestra civilización y en nuestras costumbres! Es esa, quizá, la más grande misión de los pedagogos y de las madres.

Primero había sido un instinto; luego fue un razonamiento. El cura era el enemigo. Un mazo enorme de recuerdos, todas sus impresiones del Seminario, se lo probaban.

Y no porque los curas representaran al poder en aquella casa. Sino porque eran malos.

¡Ni siquiera sentían compasión por la orfandad y la desgracia!

Pase todavía la arbitrariedad enorme del encierro con que el catedrático de latín había castigado el magnífico arranque con que Manolito presentó su pecho para evitar que atropellara el profesor, con sus patas de macho cabrío, y con su ceguera de animal furioso, al más digno de ser amado de todos los compañeros de la clase. Todavía podía encontrarse disculpa para la barbarie y la injusticia de aquel castigo.

Un niño no debe ponerse nunca á papitos con un hombre, y luego su protesta fué, cuando menos, un acto de sublevación contra la disciplina; el hecho también de un desesperado... ¡Pero que le dificultaran las manifestaciones de su amistad con Federico!... ¡que les impidieran ser amigos!... ¿O es que en aquella casa estaba proscripto el consuelo, relegado quizás á la categoría de una cosa bochornosa?

Era infame: se trata pura y simplemente de una verdadera infamia. Pero ¿no veían aquellos hombres lo que hacían con eso? ¿No notaban la desgracia que iban produciendo alrededor suyo?

Es que eran malos. El amor á los santos les había absorbido, agotado el amor á la humanidad. Eran malos hasta ser peligrosos.

Y luego ¡quién sabe si los curas se vengarán en los niños de los tormentos que pasaron mientras fueron ¡ellos también! niños y seminaristas!

Continente y contenido, el Seminario—aquella cloaca—y sus moradores—aquellos insectos tan bien hallados viviendo de la fermentación—todo se conjuraba y tomaba cuerpo y se apiñaba en un solo monstruo invisible ¡pero bien fiero, bien implacable! Todo le impulsaba á la desesperación y á la fiereza de, á los catorce años, ser un sombrío protestante de la vida, un suicida probable; de todos modos, un ser mal hallado con su destino y revolviéndose en él como en una camisa de fuerza, sin más energías que en el cerebro para poder pensar que aquello que le pasaba ¡ah, no! no debía pasarle, ni Dios debería consentir tampoco que ocurrieran esas cosas en la vida.

Y habiendo llegado á concretar en una sola síntesis todas estas impresiones, por lógica natural vino á su cerebro la idea de la fuga, de la fuga á cualquier parte. A cualquier parte que no fuera

Avila, en donde solo dejaba cadáveres y ruinas. A un puerto de mar en que hubiera muchos barcos, ó á una población donde no pudiera alcanzarlo el brazo rencoroso de ese infame clero en que su madre lo había dejado abandonado, quizá por no conocerlo de cerca suficientemente. Y luego, una vez fuera, bien lejos—¡oh, eso sí, lo más lejos posible! —ya sabría él componérselas para que le devolvieran todo su dinero, hasta el último ochavo.

Era mucho lo que llevaba sufrido, y quiso concluir con todo de una vez, aunque para ello fuera preciso amputarse un miembro sano.

¿Quién le dió energías para tanto? ¿Cómo pudo formarse en su cerebro la voluntad indeclinable de huir á toda costa y correr por el mundo, él que no había aprendido otra cosa que á andar por las habitaciones de su casa, y para eso cogido de la mano? ¡Ah, las energías de lo pequeño! ¡La perfecta equivalencia del **micros** con el **macros**!

¿Quién puede resolver esas cuestiones? ¿Es por ventura que hay alguien en el mundo que lleve la conciencia universal metida en el bolsillo del chaleco, como un reloj ó como un portamonedas?

Se fugó, y eso es todo. Pero antes libró cruenta batalla consigo mismo... Ese desventurado amigo suyo, á quien quería tanto, ¿qué iba á ser de él, solo, y débil, y abandonado también por sus parientes, y con la nota peligrosa de haber sido amigo del desertor, del hereje?... ¿Qué iba á ser de él, ¡Dios mío!

En poco estuvo que abandonara su determinación diez minutos después de haber decidido llevarla á la práctica con todas sus consecuencias, obseso ahora con el recuerdo de ese pobre amigo suyo á quien iba á dejar abandonado...

Y pensó en voz alta, obedeciendo á la marea de remordimientos que sacudía lo más íntimo, lo más sensible de su cerebro... —¡Oh, no; lo que nosotros nos hemos jurado es una cosa muy distinta de eso!.. ¡tan distinta como lo son el día y la noche!—...¡nos hemos jurado consuelo y auxilio y cariño, no separación y abandono; nada de lo que yo pienso hacer ahora! ¡Eso es desertar y faltar á un juramento!

Traición y perjurio.

Resolvió quedarse, no huir para nada, sufrir más tiempo, agotarse, llorar; sufrir todo el tiempo que fuera necesario.

¡Ay, pero ese monstruo horrible del Seminario! ¡Ese monstruo jamás saciado de carne humana!— ...Nada: hay que huir como quien huye de una epidemia. ¡Dentro de aquella casa está la peste! ¡Huir á todo escape, y sin detenerse un momento mientras dure el impulso de la fuga, así sea una eternidad de tiempo y los pulmones revienten congestionados!—No es que se huye de la peste porque mata, sino que se huye de la peste porque no se quiere uno morir en la casa aquella, en aquel criadero de sombra!...

—...¡Pero, Federico!

Y otra vez el recuerdo de su amigo se hizo visible hasta adquirir la consistencia de un muro que le cerraba la salida por todas partes: otra vez desistió resueltamente de cuanto se había propuesto.

Esa determinación pareció tranquilizarlo. Pero con la tranquilidad vino la fuerza á su cerebro, y la luz quedó completamente hecha. Fué clarividente y pareció como iluminado.—Sí, era preciso huir: de todos modos le prohibían á Federico como si con ser su amigo le hiciera mal á alguien. Entonces decidió escribirle: le escribiría una carta y se la mandaría con el primer mozo de cuerda á

quien distinguiera por la calle. Sí, eso es. Le diría en ella...—le diría en ella, en primer término, que lo perdonase; y luego, que no lo creyera un ingrato porque se iba... Es que se iba para recobrar su independencia, y para poderlo sacar á él más adelante, andandó el tiempo...; luego, volvería á repetirle que lo perdonase.—¡Ah, y para que viera que no era un insensato completamente, le revelaría su croquis de batalla...; que iba á presentarse á la autoridad de otro cualquier punto que no fuera Avila para declarar ante ella que se le obligaba á ser cura, que él no quería serlo y que se le obligaba... que era rico, y no sabía la cuenta que iban á darle de su dinero, porque el tutor que le habían nombrado era su enemigo por ser cura y por ser el jefe del mismo establecimiento de que huía!...—Y, como remate, le mandaría á su amigo besos y abrazos y un gran apretón de manos...: luego podría añadir también, al despedirse definitivamente... «tu hermano, que te quiere: Manuel...»

¡Ah, sí! ¿no había de perdonarlo? ¿Para que sirven el corazón y la cabeza sino para darse cuenta de las cosas?

———

V

A muerte.

La noticia cayó en el Seminario estruendosamente, provocando la admiración de todos.

El caso tenía precedentes, sin embargo; pero no por eso disminuía su gravedad en un sólo ápice. Esas fugas desoladas á través de las calles, con que los niños lanzaban su grito de protesta contra el régimen inquisitorial de la casa, se repetían todos los años con desoladora frecuencia. Y aun hubo uno en que el mal revistió todos los caracteres de una epidemia. Se fugaban por escuadrones organizados, en tropel, como los rebaños perseguidos por los lobos, y hubo precisión de reforzar la vigilancia en todas las puertas que daban al exterior, para entorpecer las fugas. ¿Adónde iría á parar eso? Pero ahora el caso era distinto.

No era sólo Manolito el que se iba, sino que con él salían de las cajas del establecimiento una porción de miles de duros, y del bolsillo particular del rector hasta más de un millón de reales, que ya tendría destinado seguramente á cualquiera de sus innumerables aplicaciones. La gravedad del caso hizo que se reuniera el claustro para convenir y tomar disposiciones.

La reunión se celebró en el rectoral del establecimiento: visto de cerca, aquello parecía un pelotón de inquisidores juzgando á un reo de fe; á distancia, podría ser comparado con una bandada de cuervos deliberando acerca del pedazo de mundo en que pudiera haber ocurrido una catástrofe, donde hubiera montones de carne muerta que devorar y hacer trizas.

La ausencia absoluta de todo color que no fuera el negro, el negro de las sotanas y de los manteos, aumentaba la miseria insoportable de aquella reunión, cuyo objeto no podía ser otro que el de negar la vida; así, secamente, negar la vida, levantándose en facción contra la Naturaleza.

Eran catorce: uno más que los apóstoles antes de la traición de Judas.

En el sillón presidencial tomó asiento el rector: á su derecha al secretario del Seminario, y á la izquierda el que hacía de ponente, aquel mismo catedrático de latinidad partidario de la máxima de «que en el mundo deben pagar justos por pecadores». Sobre la mesa, y á estilo de lo que acostumbran los tribunales civiles, lo que en jerga curialesca se llama el **cuerpo del delito**, la carta que el fugitivo escribió á su camarada del Seminario en los mismos instantes coincidentes con la fuga.

La carta. ¡Aquella gran amenaza! ¡Todas las trompetas del juicio final sonadas al unísono y á la continua por ángeles desesperados y casi locos! ¡Una tempestad que se venía encima!

Se quitaron los manteos, colgándolos en las perchas que á prevención había clavadas en una

de las paredes, y principió la junta. El ponente comenzó á hacer uso de la palabra.

Se expresaba con beatitud, y hacía con la cara el mismo gesto del que escupe un hueso que le incomoda, al emitir ciertas palabras de pronunciación fuerte. Bajaba los ojos ante las erres, y las equis le hacían temblar las carnes de espanto, instintivamente. Resultaba de esto que cuando hablaba era á las veces un beato y á las veces un convulsionario.

—Señores, ya sabéis de lo que se trata. Eso me ahorra palabras, y á vosotros el disgusto de escucharme más tiempo. Se trata de un grave motivo de escándalo que acaba de ocurrir en esta santa casa...—aquí se interrumpió poniéndose encarnado hasta la raíz de los pelos; no se sabe si fué rubor ó indignación lo que le acometió en aquellos momentos.—Un niño que habían confiado á nuestro sagrado depósito, un niño que estaba destinado por voluntad expresa de sus padres á formar parte del mismo batallón sagrado, al cual, aunque indignamente, pertenecemos; un niño...—hubo una pausa que significaba para el pensamiento lo que la disnea para la respiración; se ahogaba, le faltaba órgano para pensar, y quiso ocultarlo sonándose estrepitosamente las narices; ni aun así vino la luz del Espíritu-Santo á salvarlo; y entonces, con la cara completamente congestionada de rabia, cerrando los puños y descargándolos fuertemente sobre la mesa, al igual que hacen los mozos de cuerda en sus disputas de la brisca y la taberna añadió:—Y bien, yo digo que eso es una canallada, y que ni ese niño ni nadie, entendedlo bien, NI NADIE, tiene derecho á deshonrarnos y á ponernos en evidencia ante la faz del mundo civilizado...

Ese arranque oratorio, «derecho»...«evidencia»... «faz del mundo civilizado...» lo calmó. Y volviendo

á su modalidad beata...—¡oh, va en ello la tranquilidad de esta santa casa!—exclamó sin inmutarse, pronunciando toda la frase de una sola vez, con gran certeza de lo que decía...

Tosió, fingiendo una irritación en las fosas nasales, que era simplemente un efecto retórico que se proponía; tosió estrepitosamente, al mismo tiempo que fingía sonarse el moco de la nariz con un pañuelo de hierbas, grande como una toalla; y repuesto de su turbación que, como se ve, era puramente física, continúo actuando de ponente, relleno de odio, macizo de malas pasiones y sin poderlas expresar, martirizado por la torpeza y la lentitud incorregibles de su palabra.

El claustro de profesores escuchaba sin pestañear: aguardaba alguna cosa; y del catedrático de latín siempre podía aguardarse la coz ó el rayo: la coz generalmente.

—He sido hasta ahora un simple intérprete de vuestros sentimentios. He dejado hablar á los míos, que son los vuestros también, en completo olvido del método que es necesario para colegir de la bondad ó maldad de las cosas. Hasta ahora, mi tarea ha sido, creo, la de un hombre de corazón que quiere y ama y adora á la casa cuyo pan come. Ahora voy á ser el hombre sin pasiones, suprema idealidad del compadre Platón. Vais á escucharme: el fiscal entra en juego.

Siguió hablando: comenzaba la cólera á congestionarle la cabeza.

—Se trata de dos entidades, la nuestra y la suya: el Seminario, y ese canalla, judío, impostor, maldito...

Otra vez el hervor de flemas biliosas que le bullían en la garganta lo privó momentáneamente de seguir hablando.

Volvió á sacar el pañuelo de hierbas, se sonó en

el estrepitosamente, como de ordinario, y ya más serenado, continuó con el mismo tono de que hacía uso en sus sermones:

—Se trata, pues, de dos entidades: dos entidades que han venido á hacerse antitéticas: el Seminario, de un lado; ese jovenzuelo medio ateo, de otro. —De pronto sacó la trompa épica guardada para los casos de apuro, y sonó con ella hasta cubrir con el ruido que producía la ausencia completa de pensamiento. Pero resultaba así más completo, porque á aquel sacerdote del Dios de paz y de consuelo le sentaba bien el casco y la armadura—... ¿Es que quiere la lucha?... ¡pues á luchar! ¿Es que nos tira á la cara un guante de desafío para provocarnos?... ¡pues nosotros recogemos el guante y aceptamos la provocación... así fuera contra todas las hordas del Infierno! ¡Ah, no sabéis de quién se trata! No sabéis que una tarde, en plena clase, se atrevió á levantarse de su banco para decirme con todas sus letras que yo era injusto porque habia mandado á un niño hincarse de rodillas...

¡Oh, Dios mío! Pero ese hombre, ¿dónde va á parar con tanto detalle inútil, con tanto cachivache pasado de uso, extraídos de los viejos almacenes de la retórica, en los que ya nadie entra para nada? ¿Qué quiere decir con todas esas cosas?

El rector le suplicó que, ateniéndose al tema, no diera proporciones extraordinarias al asunto hasta el punto de desfigurarlo...

Repúsose el ponente y continuó:

—Bueno, ese niño se ha fugado. Y **ahora**, nosotros ¿qué es lo que vamos á hacer **ahora**?

¡Ah, qué bien se notaba en la crueldad de aquellas fisonomías y en la dilatación de aquellas gargantas, infladas de odio, lo exótica y extraña que era la piedad entre ellos! ¡De qué buena gana, á

despecho de su hábitos de continencia, hubieran gritado todos, en baraúnda demoniaca capaz de detener á los transeuntes en medio de las aceras, asombrados de un estrépito semejante, de qué buena gana hubieran gritado el maldito ¡**tolle, tolle**! con que las muchedumbres judías pidieran á los jueces la cabeza del reformador hebreo, del Cristo de las Escrituras!—¡**Crucifícalo, crucifícalo**! Se respiraba esta condenación en la atmósfera de la secretaría, podía mascarse...

El sacerdote se animó con aquel espíritu de su auditorio. Cobró audacia y siguió expresándose con la violencia de un hombre que lleva un vino malo en las entrañas...

—...Llevada, sacudida, arrastrada la santa leyenda de esta casa por el polvo á los caminos... toda nuestra tranquilidad de merced de ese miserable... una posible información de las autoridades á ver qué hacemos aquí con la inocencia de los niños...

—¡Oh, no! ¡oh, no! No lo consentiremos...—tronó á coro el claustro, todo el claustro, enardecido por los temblores de palabras del ponente.—No lo consentiremos... esta casa es inmune como la casa de Dios...

¡Inmune como la casa de Dios! ¡Las blasfemias espantosas que salen de los labios tenidos por santos, como sale el lodo corrompido de la esclusa que lo contiene en los albañales que le sirven de lecho!

—Y luego, señores...—silbó una voz meliflua, la voz del rector, —y luego, señores, la cuestión de los intereses que se impone... ese joven no se va solo... lleva en su poder cincuenta y cinco mil duros... es un dinero que sale de la caja sin haber tenido siquiera el tiempo de calentar el sitio...

Aquella suma, cincuenta y cinco mil duros, evocada de repente, fué de un efecto que supera á la

descripción más ajustada; mudóse la color de muchos individuos de la junta hasta tornarse lívida en algunos, y todos alargaron el hocico como excitados por el apetito de una golosina colosal ofrecida en banquete inopinadamente, por sorpresa...

Hubo una pausa tan silenciosa, que durante ella pudo advertirse el palpitar de los corazones... Era imponente el espectáculo.

—Hay que cogerlo, hay que capturar á ese niño, y por todos los medios, y de todas las maneras, aunque sea échándole un lazo al cuello como á una bestia bravía...

El asentimiento fué unánime; pero no se habían reunido solamente para eso. El más joven de los sacerdotes que formaban la junta fué el primero en sentirse llamado al orden por la conciencia de la realidad.

—Pero ¿y después?—dijo.

Todos aguardaban la pregunta, y no hubo ninguno que fuera osado á satisfacerla.

Cuando un fiscal pide en sesión secreta la cabeza de algún reo, no lo hace nunca, no mienta nunca la palabra de muerte, hasta consultar con la mirada la actitud anímica de los compañeros que le escuchan. Toma la iniciativa en la enunciación de la palabra; pero no la toma, ciertamente, en la formulación de la sentencia. Es el pudor de todos los que viven de la vida airada...

—Pero, y después, ¿qué vamos á hacer del renegado?

Por instinto, todas las voces que tomaban parte en la deliberación bajaron de tono.

El rector, el **señor rector,** como le llamaban, tuvo á lo menos de pensamiento, el bárbaro valor de los verdugos, de esos ejecutores de la ley... pronunció la palabra de condenación, de suplicio.—Ese niño no paga sino con un mes de calabozo; pero

no el de arriba, ya sabéis, sino el subterráneo, la **cueva negra.**

Todos asintieron. ¡Qué horror! La proposición del señor rector tuvo desde aquel momento valor ejecutivo.

¡La **cueva negra**! Pero ¿es que esos hombres ignoraban la extensión del castigo que acababan de imponer? ¿Es por azar que la tonsura, como si fuera un pólipo, necesita para nutrirse roer, en una labor de descomposición incesante, toda la materia que la rodea, y eso hasta el punto de que el sacerdocio sea el camino más ancho que se conoce para llegar á la bestialidad y á la locura?

¡La **cueva negra**! ¡Pero eso puede ser la muerte! ¿No lo comprenden así aquellos discípulos de Cristo?

Aunque bien considerado, ¿qué se le podía dar á ellos, de eso, ni de cosas más graves todavía? ¿Que había que hacer sangre? ¡Pues á hacerla! ¿Que esa sangre podía manchar de rojo el pavimento de aquella casa, inmune como la casa de Dios?—Pues á frotarlo bien, á fuerza de puños, con un estropajo, y á vivir ellos, que ya llegaría el tiempo de morirse, cada cual á su hora!

La junta quedó terminada, y la bandada de cuervos se descompuso y levantó el vuelo, una vez rematado el asunto que la había congregado...—Habría carne muerta para rato... Ya sabrían ellos apañarse un espléndido festín con las entrañas del pobre niño á quien le costaba la vida su ingreso en el Seminario.

Y sobre todo... ¡oh, por Dios! eso no había que encargarlo con mucha insistencia... á guardar las apariencias.

¡A guardar las apariencias!

La monita secreta de todos los clericales.

Pero llegaron á más, no quedaron satisfechos

con tan poca crueldad. ¡El arresto de un niño y nada más que eso! ¡apenas valía la pena de haberse congregado por tan poca cosa! y diéronse allí el placer de ponerse de acuerdo en los detalles de la prisión que habían decretado; discutir el adarme, regatear la pulgada, tener siempre previstas todas las contingencias... No lo hacen siempre los carceleros de profesión. ¡Una especie de pudor se lo veda!

Generalizóse el debate de un extremo á otro de la secretaría: es de advertir que en punto á fiereza todos tenían el mismo derecho á que se les comparara con los buitres... Todos, todos, el rector como sus inferiores en jerarquía; los jóvenes como los viejos; todos igualmente monstruosos. No había entre ellos más diferencias sino que unos se contentaban, siniestramente mudos, con alargar el hocico como olfateando ya el castigo próximo á ser ejecutado, y otros prorrumpían en alaridos que significaban en buen lenguaje humano el afán de que el momento del sacrificio se apresurara cuanto antes. Bestias carniceras todas.

Y á aquellas horas, el niño, aunque prófugo, ¡qué ajeno de que los hombres negros deliberaban sobre su cabeza!

—Bueno: ¡queda aprobada la pena de arresto, un mes de arresto, por unanimidad!—dijo con tono chancero uno de los discípulos de Cristo—pero ¿y la forma? Hay que discutir la forma, porque supongo que no vamos á quedarnos satisfechos sólo con eso...

La voz de un viejecito que no había hablado en toda la tarde se hizo oir tan fina y tan sutilmente que obligaba á pensar en la extraña composición de esas brisas suaves que llevan la pulmonia entre sus ondas...

—Hay también—dijo—la pena de consunción, como yo la llamo. Y hago constar desde este instante mi preferencia por ella.

Tuvo que explicarse; la pena de consunción; eso es muy vago.

—Nada; prohibirle el recreo; interrumpirle el sueño cada media hora; menguarle gradualmente, un poco más todos los días, la ración de comida que le corresponda; negarle también, una vez salido del calabozo, el paseo de los domingos durante todo el curso ó durante la mitad, si les parece á ustedes bastante...

Era colosal, el proyecto, digno del genio. Ni Torquemada, ni Troppmann. Fué premiado con unánimes rumores de asentimiento. El viejo verdugo se inclinó, ruborizado de modestia...

Y animado por el buen efecto de sus palabras, siguió silbando siniestras ideas de esa clase de castigo que tanto se parece á la venganza:

—¡La pena de consunción! ¡ya lo creo! Es eso lo que hacíamos con los discípulos rebeldes en el Real Colegio de Misioneros de Africa, del cual, como sabéis, he sido vicerector ¡yo no sé ya cuanto tiempo! ¡No hay que pegarle palizas á los muchachos para corregirlos de sus defectos! ¡Con no dejarlos dormir ni darles de comer sino muy poco, se adelanta más con ellos. ¿Que no es bastante porque el chico es fuerte y se burla del castigo? Pues se le agrega el calabozo, y allí forzosamente se le obliga al arrepentimiento. Son estas unas cuentas que no marran nunca. ¡Llevo yo tantas historias de esas aquí guardadas!

Y se tentó la bóveda del cráneo. Una gran calva reluciente á la luz de la ventana, y que por nada del mundo hacía presumir en el vejete aquel á un cómitre por vocación.

VI

Fugitivo.

¡Ah, qué amanecer tan lento el de aquel día de Marzo! ¡Qué poca prisa se daba el sol en alumbrar las miserias de la tierra! Y hay quien lo aguarda, quien lo aguarda conteniéndose las palpitaciones del corazón para que no se le salga fuera del pecho.

Revuelto entre las sábanas de la cama, piensa angustiosamente Manolito que quizá Dios, para castigarlo, para impedirle la fuga, haya decretado la noche eterna, las estrellas en el firmamento, el vapor brumoso que exhalan las vegetaciones, el ansia en el pecho de los que viven mal en el mundo y quieren variar de postura, exhaustos de felicidad y abrasados de amor por ella... ¡Qué amanecer tan implacablemente tardo que no atiende siquiera las invocaciones de los niños que se ven perdidos!

Tiene concertado su plan de fuga.

A las seis, todo el mundo ha de estar en planta en el Seminario; á las seis y media es el desayuno, y á las siete la misa. ¡Ah, pues entonces, en ese mismo instante, que es el de menos vigilancia, saldrá por la puerta falsa del Seminario que da á uno de los patios del obispado; entrará en el retrete, que él conocía, en uno de los extremos de la cru-

jía, dejará allí su librea infamante de cura en germen, y al quedar vestido como la generalidad de los humanos, saldrá por la puerta grande del palacio obispal, que da á la plaza, y ya en ella... pero ¿quién, sin echar chispas de la cabeza, podría seguir á Manolito en la expedición infinita que en su magín trazara por una lontananza sin término? ¡Ese cuento de la lechera constantemente representado por todos en la vida, los grandes y chicos!

¡Ah, qué amanecer tan lento el de aquel día de Marzo! ¡Qué poca prisa se daba el sol en alumbrar las miserias de la tierra!

Cuando se vió en libertad, cuando se vió en la calle, tuvo, dominado el primer impulso de la fuga, miedo cerval de aquello que hacía.

Se paró. Hizo lo mismo que un pajarillo á quien se le da largas abriéndole las puertas de su jaula... Quedó aterrorizado de aquel gran cacho de horizonte que se abrió ante sus ojos, invitándolo á que lo recorriera. Y como una punzada dolorosa, se le ocurrió de pronto que mejor hubiera sido no haber obrado con tanta ligereza, haber aguantado más tiempo... ¡quién sabe! haber llegado al final de la carretera, no haber tomado por el atajo... ser cura... quizás obispo... dejar de todos modos cumplida y satisfecha la voluntad de sus padres... ¡mientras que ahora!...

Echó á andar, sin embargo: le convenía alejarse de aquellos sitios cuanto antes... quizás hubieran ya notado su ausencia y lo andarían buscando... quizás fueran á cogerlo de un momento á otro... por el cuello... con violencia, como él sabía que su-

...taban los hombres á todos los desertores, á los ...gitivos...

Se internó por la ciudad haciendo como que ...aseaba con el aire indiferente de todo el mundo. ¡Ah, granuja, ya sabemos lo que has hecho! ¡Bah, ...ero quizás sería aprensión, porque si no, ya lo ...ubieran detenido!

¡Hace ver tantas visiones el miedo! ¡Pues no le ...abían hecho creer de niño que el **coco** existía real...mente, y no tenía la seguridad de haberlo visto ...n el fondo de su alcoba con toda la concreción plástica que el terror sabe tallar para sus creacio...nes! Con seguridad que nadie se había apercibido á aquellas horas de su huída... Podía respirar libre...mente...

Y se paró extasiado ante el escaparate de un carnicero, admirado del buen color que tenían las salchichas...

Subían y bajaban los pensamientos á su cere...bro con el mismo ritmo que las mareas.

El instante del reflujo era en él tan poderoso, que tentándose la cabeza la notaba hueca; por una obsesión que puede ser el germen de la locu...ra, llegábase á figurar que le habían vaciado el cráneo y que ya no tenía que aguardar salvación ni ventura de sí ni de los otros. Peor que la lepra y que la tiña: la profunda miseria orgánica de los idiotas. ¡Ay, y en el momento de la batalla! ¡Vencido antes de haber luchado! Pero ¿tú con...sientes esto, Dios mío?

Idéntica exclamación que todos los miserables.

Echó á andar de nuevo; temió que le brotaran raíces de la planta de los pies si continuaba pa...rado. En un desfilar rabioso de pensamientos re...cordó á la Biblia y á la mujer de Lot convertida en estatua por haber desacatado el precepto di...vino.

Sí; porque á fin de cuentas... vamos á ver, ¿de quién huía?—Pues huía de Dios y del sacerdocio, huía del Cielo. Y ahora si que se notaba completamente perdido, seguido de cerca por la cólera todopoderosa del Dios de los Cielos...

De pronto, inconsciente como estaba, se encontró en el campo. Había andado mucho sin apercibirse, porque aquella Naturaleza que le rodeaba y de la que formaba parte, le era completamente desconocida. Sintióse feliz con esa idea y quiso completarla hasta la realidad con una sensación puramente física.

Volvió la cabeza para, viendo el punto de partida, hacer el cálculo de lo que habría andado. ¡Dios de Dios! ¿Qué valen las visiones delirantes de Juan el de Pathmos al lado de lo que el fugitivo creyó ver en aquellos momentos! Quedó aterrado. Creyó que la enorme masa de piedra del Seminario se le venía encima para aplastarlo. Se acordó de su madre é invocó su nombre en voz alta, delirante, perdido en la enorme soledad de los campos...

Fué una pesadilla que, de haberse prolongado una milésima de segundo más, lo mata, lo deja tendido allí con el mismo rigor que un rayo. No era la víctima definitiva y total de aquel día. Era la víctima del día siguiente. Por eso no se le vino encima la gran masa de piedra del Seminario.

Otra vez tuvo fuerzas para seguir andando al azar, á campo traviesa, más miserablemente todavía que los vagabundos de la carretera. Ni frío ni calor, no sentía nada. No notaba el sol.

Con la cabeza oculta entre los hombros y las manos en los bolsillos, seguía hacia adelante. ¡Y ni por la posesión de la gloria hubiera vuelto un solo instante la cabeza !Tenía miedo de encontrarse otra vez con el monstruo de piedra del Se-

minario. ¡La visión del Infierno contemplada desde la vida!

Anduvo así largo espacio de tiempo, más de una hora, quizás dos... ¿quién mide el tiempo cuando se forma parte de una vorágine de desgracia? hasta que las piernas se negaron á sostenerle.

En aquel momento se acordó de que no había comido desde la noche antes. Registróse los bolsillos como un autómata, y sonrió el mísero con dulzura al notarse completamente arruinado. Entonces es que era preciso ceder. Y con la vista loca, extraviada, se dió á buscar, como un animal huído, sitio donde morir.

¡Ay, si lo hubiera visto, si lo viese la madre de su alma! ¡Un niño criado con tanta ternura, y tan hermoso, que, como decían todas las comadres del barrio: «¡Jesús, daba gusto mirarlo!»—¡Pues bien; se moría de hambre y de cansancio!

Había un árbol, un árbol seco y rugoso, separado de los otros, minado de boquetes enormes en todo el tronco, de tal manera, que constituía un milagro de equilibrio el que pudiera sostenerse con la corteza sólo, y á él se dirigió el fugitivo, atraído por la analogía que creyó encontrar entre ese árbol y su destino. Se tendió panza arriba, resguardando del suelo la cabeza con ambas manos entrelazadas, y en la absoluta atonía de su pensamiento, fué feliz, completamente feliz, media hora seguida, respirando con delicia un aura que parecía una caricia, y ante sus ojos el azul sin límites de un Cielo que parecía envolver al niño en su magnificencia.

Dejó de pensar, dejó de ser un organismo consciente, como si hubiera cesado por completo de existir y formara parte de aquel árbol. Cantaba la vida alrededor del niño el himno eterno del movimiento infinito, y el miserable continuaba allí,

inmóvil como una piedra, lleno, de majestad sin embargo, con todas las grandezas de una tragedia verdadera...

Fué al principio, cansancio; luego, somnolencia, y por último, sueño. Quedó dormido. En su situación, el sueño es un peligro. Muchas veces la muerte se vale de esos emisarios...

Lo despertó la tenaz visión del lugar maldito, del criadero de curas, que, con el recuerdo concreto de sus horrores, le llenaba todos los espacios del cerebro. Y al abrir los ojos y encontrarse enfrente de un hombre que lo interpelaba rudamente, como un paleto que era, creyó ser víctima de una pesadilla...

—¿Qué haces aquí, muchado? ¿A quién aguardas?

Tuvo fuerzas para responder:

—¡Oh, no, no aguardo á nadie!...

Pero el campesino se rascó las cejas con una de las patas delanteras, en señal de duda...

—¿Por **miaja** serás tú ese que andan buscando por todo el campo, como si fuera un relicario?

—¡Oh, no, señor, creálo usted... crea usted, que yo no soy **ese**!...

—Pero criatura... ¿qué es lo que te pasa para que estés tan **escolorio**?—Y luego después de haber deliberado consigo mismo:— tú te has **escapao** de alguna parte, y voy á **ca** del **señó** cura, que **velay** donde está, á ver si eres el que yo me figuro.

Y después de una pausa:

—¡Pues bonito jaleo que traen en Avila contigo, que no parece sino que es la fin del mundo!

El fugitivo se hincó de rodillas y le oró á aquel hombre como no había orado nunca á ningún santo. Lloró, gimió, apostrofó pero todo inútil. Aquel hombre era uno de los sabuesos que desde por la mañana lo perseguían, levantando hasta las

piedras de la carretera, por si el fugitivo se había escondido debajo de ellas...

—¡Por Dios!—decía—¡Por Dios y por todos los santos, por usted, por todo lo que usted quiera en el mundo, no me lleve á esa casa, que van á matarme... ¡No sabe usted entonces de lo que sería capaz D. Gregorio, el catedrático de latín, después de lo que he hecho!...

Y en su inocencia no comprendía Manolito que una moneda de cinco duros hubiera sido para aquel hombre argumento más convincente que todas las palabras á que el dolor diera suelta, por animadas de espíritu de vida que estuvieran...— ¡Por Dios, por Dios!—Y el premio en dinero que le habían prometido en el Seminario, ¿era cosa de tirarlo en mitad de la carretera como una fruta podrida ó como un objeto que no sirve para nada?

Toda la Naturaleza fué testigo de aquella gran violencia, y no se levantó—¡estúpida, ciega, bestia!—para reventar al miserable que en tan poco estimaba su dignidad humana.

Pero—¡bah!—ese, como casi todos, ¡un cuadrumano ligeramente modificado!

Aquella noche durmió Manolito en el Seminario.

VII

El castigo.

No hubo gritos, ni estrépitos, ni reconvenciones, á la llegada. Había sido condenado en frío, y no intervino para nada el arrebato de la pasión en el castigo. Friamente, con lisura, y hasta con mimo, uno de los profesores de la casa, que actuaba de sayón, lo condujo hasta el calabozo.—Se iniciaba el Calvario.

Venía á ser el calabozo una sombría restauración de los **in pace** de la Edad Media. Una especie de tumba que lacrimeaba humedad por los cuatro ángulos que la formaban. Como un boquete maldito cavado en la tierra por las energías del odio. Una abominación y una vergüenza. La antesala de la muerte...—Y sin luz ni aire... ¿para qué?—¿Es por ventura que una cripta semejante puede guardar otra cosa que un cadáver?

Sin embargo, no todo era horror en aquel nicho: había hasta un asiento: una piedra.—Y hasta compañeros que distrajeran las melancolías del preso; las ratas que paseaban indiferentemente su asquerosidad como sobre en dominio propio.

La criatura quedó desvanecida de angustia, de peste y de sombra al ser metida en el boquete funerario aquel. Pero la misma intensidad de sus sensaciones le provocó la reacción, y entonces

llamó, llamó, valiéndose de los puños, á trompadas contra la puerta—¡ah, sí, todos los golpes que pudieron dar sus debilitadas manos de adolescente!—hasta quedar sin fuerzas y sin consuelo.

No respondió nadie, ni aun el eco: aquel sótano no era otra cosa que una excavación en los cimientos mismos de la casa.

Entonces gritó.—¡Ah, que es un tormento que no empareja con ningún otro el de, sabiendo que la voz es nuestro solo recurso, el único elemento de defensa posible, querer gritar, y estar ronco, estar afónico, con la garganta ocupada de flemas, y la lengua seca, en un paladar, no de carne, sino de palo, mientras que á la propia conciencia aun le queda luz bastante para iluminar y darse cuenta de todas estas inenarrables miserias!

Sobreviene la locura; la razón llega al límite de sus resistencias... más allá sucumbe...

¡Ay, las tragedias ignoradas de la vida!...

Tanteando por las paredes, rastreando por el suelo, abriendo desmesuradamente los ojos hasta desencajarlos por si de esa manera conseguía ver, recorrió toda la extensión de su sepultura, un tanto vigorizado por la esperanza de que sus verdugos le hubieran dejado algo que comer. Pero no encontró nada.

Entonces escarbó en el suelo y mascó limo mojado del pavimento. Se lo ingirió también. Debería ser noche completa.

Y llegando á tientas hasta la piedra, tomó asiento sobre ella y se ocultó la cara con las manos.

Lloró entonces como no se ha llorado nunca sobre la tierra. Eso le hizo bien, porque con la sofocación del sollozo consiguió llevar algún calor á su cuerpo, que comenzaba á quedarse rígido de frío.

Siguió llorando largo rato todavía, no ya por angustia, sino por calentarse, y exhausto, por último, hasta de lágrimas, continuó inmóvil en la piedra, con la postura ridícula de una momia egipcia acurrucada en su nicho.

Así permaneció mucho tiempo—¡ay, que en la oscuridad las horas no tienen la misma equivalencia que á la luz del día!—mucho tiempo, bastante más del que la palabra expresa; y tan miserable se sentía, tan falto de fuerzas, que ni se movió siquiera, como si la misma muerte hubiera tenido compasión del niño y por caridad le hubiera dado el golpe de gracia.

Sólo de vez en cuando se tentaba las muñecas para, en la ligera palpitación de la sangre, conocer si seguía viviendo, si no se había muerto por completo. Habíase dejado entre los guijarros y las erizaciones del camino gran parte de la vida y toda la conciencia.

Sin embargo, hubo en su ánimo, en un instante determinado, como el despertar tímido y somnoliento de vagas esperanzas. Creyó sentir pasos y pensó en si, arrepentidos de la severidad de aquel castigo, vendrían á abrirle.

No deseaba la puerta abierta para la libertad La deseaba abierta porque era de suponer que si alguien iba á verlo á su calabozo tendría que ser para llevarle comida. No hacerlo así sería la manifestación de una condena bárbara. Matarlo de hambre. ¡Ah, no, y eso ni Dios ni los hombres habían de consentirlo!

No vino nadie.

En el interior del calabozo ya no se oía ni aun la respiración del prisionero.

Otra vez tornó á encogerse á la manera de una momia egipcia acurrucada en el fondo de su nicho. Con la cabeza sepultada entre las piernas y

las manos hundidas en el vientre tenía más resistencias que oponer á las embestidas del frío y del hambre, que no tendido á la larga sobre el suelo fangoso del calabozo. Notándolo así, decidió permanecer de esa guisa toda la vida.

La humedad del ambiente y de las paredes—¡aquellas paredes que simulaban llorar también, con sus boquetes semejantes á ojos llenos de legañas!—la ausencia absoluta de luz, de aire respirable, de lecho, aunque fuera uno de esos camastros de madera que se usan en las prevenciones y en los presidios, para dejar reposar el cuerpo; la carencia completa de todo lo que sirviera para poder vivir... ¡bien, pase!—todavía era capaz de resistirlo el mártir—¡pero las ratas gordas como gatos bien mantenidos!... ¡pero las arañas monstruosas que presentía por todas partes!... ¡pero las correderas!

Había perdido la conciencia y hasta el instinto de la noción del tiempo. Se figuraba que hacia muchos meses que estaba encerrado en la cripta; y cuando al día ó á la noche siguiente, porque el día y la noche tenían el mismo color negro en aquellas profundidades, bajaron, á llevarle la escudilla con el bodrio que le tenían preparado como alimento, el carcelero se alarmó porque creyó que tenía que habérselas con un muerto. Lo dejó en el suelo, de la misma guisa que se lo había encontrado, y subió á dar parte á los otros profesores, sus compañeros, de aquel fausto acontecimiento que tantas molestias les ahorraba.

Acordaron trasladarlo á la enfermería del establecimiento, regentada también, como todo en aquella casa, por el elemento sacerdotal, y resultó del reconcimiento facultativo que aquello no era la muerte, pero sí un síncope cuya terminación lógica era el fenecimiento en plazo más ó menos

breve, pero de todos modos inminente. Y por hacer algo que diera carácter de legalidad al asesinato concertado de aquel desgraciado niño, le frotaron las articulaciones de la extremidades torácicas y abdominales con una bayeta caliente, le hicieron aspirar sales que lo volvieran al conocimiento, é introduciéndole la punta de un cuchillo por entre los dientes fuertement encajados unos contra otros, le dieron á beber un líquido, que fué, por sus efectos, mandato imperativo de vida para el cuerpo comatoso y rígido del mártir.

Volvió en sí, abrió espantosamente los ojos, no como quien despierta, sino como quien resucita, y al verse rodeado de la gran mancha negra que producían los profesores del Seminario agrupados alrededor de la cama de su víctima, el niño lanzó un grito de espanto y volvió á perder el conocimiento.

Fuera de aquel recinto, la Naturaleza, completamente ataviada con sus mejores galas, demostraba, con uno de sus imponentes festivales, su amor al hombre, la eterna solidaridad de todas las cosas del planeta.

Ardía en los aires la chispa que enciende de pasión los besos de los enamorados, y de la infinita poliformidad de la vida sólo aparecía el lado alegre, el que nos obliga á encariñarnos con la existencia y á fundirnos en amor con toda la materia. Cantaban las auras como en los buenos tiempos de la mitología griega, y aplicando el oído podría escucharse en la vibración del aire el estallar repetido y confuso con que la vida se desarrolla en todas partes, imponderable y eterna.

Afirmaba la Naturaleza con su lujo el pretenso derecho á la vida por que claman todas las escuelas socialistas del mundo y todos los espîritus generosos. Era una delicia.

La hora del recreo habîa sonado y la gente menuda del Seminario, ansiosa de libertad y de aire libre bajo el Cielo, habîa asaltado las puertas que dan acceso al jardîn del estabîecimiento, desbordándose por las avenidas del parterre y por la gran explanada que lo precedîa, con el vigor imperativo de una fuerza de la Naturaleza que pide plaza en los conciertos de la Creación para contribuir á la labor inconsciente que todos los cuerpos realizan en la medida de su funcionalidad y de sus fuerzas.

Fué una verdadera tromba humana que, de haber descargado sobre el huerto, no hubiera dejado una sola fruta pendiendo del árbol que la produjera. Pero les estaba interdicto por los profesores, el huerto, como un espantoso sitio de abominación, y asî es que se contentaron con jugar en el parterre. No pedîan más tampoco, y con eso quedaban satisfechos.

Se fraccionaron en grupos, sin obedecer á mas ley que la de las simpatîas y las preferencias.

Unos jugaban á la pelota, subiéndose los manteos hasta debajo de los sobacos, para poder correr con más ligereza; otros á la peonza; quiénes á la **billalda**, ó á verdaderos juegos de envite y azar, con huesos de albaricoque, con cajas de cerillas y hasta con plumas de acero usadas.

Estaban perfectamente indicados los temperamentos por las preferencias que daban á los juegos, y olvidados por hora y media—todo el tiempo del recreo—de su carácter semisacerdotal, eran animales jóvenes influîdos por el instinto, que trisca-

ban sobre la hierba y gritaban interiormente ¡más! ¡más! al sol y al aire del campo, porque no llegaban nunca al hartazgo completo de esas dos cosas tan esenciales para el sostenimiento de la vida orgánica. Cubiertos de sol desde los pies á la cabeza, harían pensar en la fábula de las salamandras, tan bien halladas en la zona ígnea que les es propia.

Los seminaristas viejos paseaban por la sombra de dos en dos, con los breviarios bajo el brazo y las manos perdidas en el fondo de sus sotanas; de vez en cuando lanzaban de solayo y por sorpresa miradas tiernas al azul del Cielo y á las copas animadas de los árboles, como náufragos sin ilusiones que miran á una gran distancia las tentadoras seguridades de la playa.

¡Oh, qué día hermoso, y cómo lo aprovechan los seminaristas de la misma edad de Manolito, jugando al trompo y á la pelota y á cuantas cosas crió Dios sobre la tierra! ¡Qué efectos de luz tan sorprendentes arranca el sol de cuantas cosas baña! Parece el jardín á aquella hora como una colosal esmeralda de mil facetas que lo innundara todo, en colaboración íntima con el sol, de proyecciones luminosas, verdes y doradas. Era como un himno á la Creación cantado al unísono por la soberana gamma de los colores: del verde descomponiéndose hasta el escarlata, y del azul metamorfoseándose hasta el amarillo. Queda el ánimo suspenso. No se improvisan nunca estrofas dignas de la vida. Y el mejor poema consiste en hincarse de rodillas sobre el musgo y en prosternar la frente contra la tierra. La oración se produce entonces espontáneamente, y también el poema.

VIII

Final del drama.

No ha vuelto el niño del último síncope que le acometiera. Bucea lo que le resta de espíritu por las regiones inexploradas. Sobre la cama está su cuerpecito rígido y tendido, pero la inteligencia ya no está allí hace mucho rato. Se ha ido. Le repugnaban tanto las cosas de la vida, que ha preferido agotarse.

Eso que está extendido sobre las sábanas del lecho, esa masa sólida, no es el hombre, precisamente: al hombre lo han asesinado los curas: es la caparazón de la bestia. Vivo y todo no debe contarse ya á Manolito entre los humanos.

Está rodeado por el mismo sínodo que lo condenara á muerte. Ni aun el rector falta. Están alentando á la agonía, excitándola, irritándola. Le hubieran gritado ¡hup, hup,! como los acróbatas del circo á las bestias que montan, si de ese modo hubiera sido más impetuosa en presentarse.

El niño continuaba sumergido en su somnolencia de muerte, y sus verdugos propuestos á no estrecharle la mano para levantarlo.

No había ningún doliente en la enfermería, salvo el niño aquel que agonizaba.

Las camas colocadas simétricamente en fila como en los hospitales, cubiertas en toda su exten-

sión con colchas que simulaban fundas, parecían aguardar pacientemente sus presas, con esa irritante pasividad de los inorgánico.

Una mesa de noche, una concha de agua bendita y una imagen del Redentor en el suplicio de la cruz constituían todo el ajuar de los enfermos.

El rector se tendió sobre una de las camas para aguardar más cómodamente el desenlace de la tragedia. Le secundaron los otros.

De allí poco se estableció un gran silencio, sólo interrumpido por la voz de cualquiera de los asesinos, que al dirigirse al más inmediato de sus vecinos de lecho, parecía decirle, por concreta y diferente que fuera la pregunta que le formulara...

—Pero ¿no ha muerto todavía?

¡Ah! no tenían más impaciencia que esa ¡un anhelo brutal de la muerte! ¡Se respiraba esa voluntad de todos ellos en la atmósfera del cuarto, podría mascarse!

¡Y cómo se notaba en la fisonomía pálida ó congestionada de todos ellos, que estaban conteniéndose hacía rato para no saltar bruscamente sobre el cuerpo del moribundo, y rematarlo á puñetazos, ó de un modo más innoble, á navajadas, como á una bestia cuya muerte se apresura para evitarnos el espectáculo de su agonía! ¡De qué buena gana lo hubieran hecho así, si no fuera porque desgraciadamente hay un cuerpo de médicos forenses que se suele oponer á la ejecución de esas infamias!

Brillaba el sol en el exterior con los esplendores de sus grandes fiestas. Se escuchaba desde la enfermería la respiración gigantesca del jardín, centuplicado ahora de sensibilidad y de vida por la animación que le comunicaban los muchachos con sus carreras y sus juegos.

En el Seminario, como en las casas inmediatas,

en Avila como en la Groenlandia, en la enfermería aquella como en las alcobas de los esposos, todo marchaba unánimemente y con ritmo imperceptible al cumplimiento de su destino.

Las campanas de las iglesias anunciaban con gran estrépito la festividad religiosa del día siguiente, y, parecida á un eco, la campana del patio central del Seminario respondía llamando á los escolares á sus clases.

Gastábanse todas las cosas animadas en las furias del movimiento, produciendo sonidos, desprendiendo olores, irradiando color y brillo.

Llegaban hasta aquel cuarto los zumbidos de la vida, semejantes á los que oyen en las inmediaciones de las colmenas.

El reloj de la enfermería sonó en aquellos momentos las tres de la tarde.

Y al ruido acompasado y melódico de los tres golpes que sonaron en la caja del horario, el mártir desarrolló un ligero movimiento con todo su cuerpo, abrió espantosamente los ojos con expresión imponente de horror trágico, y completamente extranjero de la realidad maldita que formaba círculo alrededor de su cama, gigantescamente despreciador de sus verdugos, volvió á hallar, como en los días plácidos de la niñez, el himno sagrado de la infancia... ¡mamá, mamá mía, madre!...

No dijo más y espiró.

Los ojos quedaron abiertos con una expresión desesperada que apostrofaba al Cielo.

SEBASTIAN FAURE

DOCE PRUEBAS

DE LA

INEXISTENCIA DE DIOS

Doce pruebas de la inexistencia de Dios

Camaradas:

Hay dos maneras de estudiar y de intentar resolver el problema de la inexistencia de Dios.

La primera consiste en eliminar la hipotesis de Dios del campo de las conjeturas plausibles o necesarias para una explicación clara y precisa por la exposición de un sistema positivo del universo, de sus origenes, de sus desarrollos sucesivos, de sus fines.

Esta exposición haria inutil la idea de Dios y destruiría por adelantado todo el edificio metafisico sobre el cual los filosofos espiritualistas y los teólogos lo hacen descansar.

Eso supuesto, **en el estado actual de los conocimientos humanos**, si uno se ciñe, como corresponde, a lo que es demostrado o demostrable, verificado o verificable, esta explicación falla, este sistema positivo del universo falla. Existen ciertamente, hipotesis ingeniosas y que no chocan de ninguna manera con la razón; existen sistemas más o menos verosimiles, que se apoyan sobre una cantidad de constataciones y calan en la multiplicidad de observaciones con las cuales han edificado un carácter de probabilidad que impresiona. Asi se puede atrevidamente sostener que esos sis-

temas y esas suposiciones soportan ventajosamente ser confrontados con las afirmaciones de los deistas; sin embargo, en verdad, no hay sobre este punto sino tesis que no poseen aun el valor de la certidumbre científica y cada uno, siendo libre, en fin de cuentas, para conceder la preferencia a tal sistema o a tal otro que le es opuesto, la solución del problema así planteada, aparece, **en el presente al menos,** bajo obligada reserva.

Los adeptos de todas las religiones toman tan seguramente la ventaja que les confiere el estudio del problema así planteado, que todos pretenden contantemente a conducirlo a la precitada posición; y si, aún sobre este terreno, el único sobre el cual pueden hacer todavía buen papel, no salen más que del paso—tanto monta—con los honores de las batallas, les es posible, sin embargo, perpetuar la duda en el espíritu de sus correligionarios; y para ellos este es el punto principal.

En este cuerpo á cuerpo en el que las dos tesis opuestas se agarran y se esfuerzan en derribarse, los deistas reciben rudos golpes, pero ellos dan también; bien o mal se defienden y el resultado de este duelo aparece inseguro a los ojos de la multitud. Los creyentes, aun cuando han sido colocados en posición de vencidos, pueden gritar victoria.

No se recatan de hacerlo con esa impudicia que es la marca de los periódicos de su devoción, y esta comedia consigue mantener bajo el cayado del pastor a la inmensa mayoría del rebaño.

Es todo lo que desean estos «malos pastores».

El problema situado en sus terminos precisos

Sin embargo, camaradas, hay una segunda manera de estudiar y de intentar resolver el problema de la inexistencia de Dios.

Esta consiste en examinar la existencia del Dios que las religiones proponen a nuestra adoración. Se encuentra un hombre sensato y reflexivo, que pueda admitir que existe este Dios del cual se nos ha dicho, como si no estuviera rodeado de ningún misterio, como si no se ignorara nada de él, como si se hubiese penetrado en su pensamiento, como si se hubiesen recibido todas sus confidencias: «El ha hecho ésto, él hace aquello y aún eso y lo otro. El ha dicho esto, él ha dicho aquello y aun eso. El ha obrado y ha hablado con tal fin y por tal razón. El quiere tal cosa, pero prohibe tal otra; recompensara tales acciones y castigará aquellas otras. El ha hecho esto, quiere eso porque es infinitamente sabio, infinitivamente poderoso, infinitamente bueno.

En buena hora. He ahí un Dios que se da a conocer. Deja el imperio de lo inaccesible, disipa las nubes que le rodean, desciende de las cimas, conversa con los mortales, les confia su pensamiento, les revela su voluntad y la misión a algunos privilegiados de esparcir su doctrina, de propagarle para decirlo de una vez, de representarle aquí abajo con plenos poderes, de atar y desatar en el cielo y sobre la tierra.

Este Dios no es el Dios Fuerza, Inteligencia, Voluntad, Energía que como todo los que es Energía, Voluntad, Inteligencia, Fuerza, puede ser sucesivamente, según las circunstancias y por, consiguiente, indiferentemente bueno o malo, útil o perjudicial, justo o inicuo, misericordioso o cruel, este Dios es el dios en el que todo es perfección y cuya existencia no es ni puede ser compatible, puesto que es perfectamente justo, sabio, poderoso, bueno, misericordioso, más que con un estado

de cosas del cual sería el autor y por el cual se afirmaría su infinita Justicia, su infinita Sabiduria, su infinita Potencia, su infinita Bondad, y su infinita Misericordia.

Este Dios, le reconocéis; es el que se enseña, con el catecismo, a los niños, es el Dios vivo y personal, aquel al cual se levantan templos, aquel a quien se dirigen los ruegos, aquel en cuyo honor se cumplen sacrificios y a quien pretenden representar sobre la tierra los curas, todas las castas sacerdotales.

No es éste «Desconocido», ésta Fuerza enigmática, ésta Potencia impenetrable, esta inteligencia incomprensible, esta Energia inconocible, este principio misterioso: Hipotesis a la cual, dentro de la impotencia en que nos encontramos de explicar el «como» y el «porque» de las cosas, el espiritu del hombre se complace en recurrir; éste no es el dios especulativo de los metafìsicos, es el dios que sus representantes nos han profusamente descrito, luminosamente detallado.

Es, lo repito, el dios de la religión, y puesto que estamos en Francia, el dios de esta religión que, desde hace 15 siglos, domina nuestra historia: la religión cristiana.

Es este dios que yo niego y es este solamente que yo quiero discutir y el que interesa estudiar, si queremos sacar de esta conferencia un provecho positivo, un resultado practico.

Ese dios, cual es ?

Puesto que sus representantes aquí abajo han tenido la amabilidad de pintarnoslo con gran lujo de detalles, aprovechemos esa gracia de sus fundados poderes; examinemosle de cerca; pase-

mosle la lupa: para discutirlo bien es necesario conocerlo bien.

Este Dios, es aquel que con gesto poderoso y fecundo, ha hecho todas las cosas de la nada; el que ha llamado a la nada a ser; el que, por su sola voluntad, ha cambiado la inercia por el movimiento; a la muerte universal por la vida universal: **él es el creador.**

Este Dios, es el que, realizado ese gesto de creación, lejos de entrar en su secular inactividad y de permanecer indiferente a la cosa creada se ocupa de su obra, se interesa en ella, interviene cuando lo juzga a proposito, la dirige; la administra, la gobierna: **él es el gobernador o providencia.**

Este Dios, es aquel que, Tribunal Supremo, hace comparecer a cada uno de nosotros después de su muerte, le juzga según los actos de su vida, establece la balanza de sus buenas y de sus malas acciones y pronuncia, en último extremo, sin apelación, la sentencia que hará de él, por todos los siglos venideros, el más feliz o el más desgraciado de los seres: **él es justiciero o magistrado.**

Se deduce de ello que éste Dios posee todos los atributos y que no los posee solamente en grado excepcional, los posee todos en grado infinito.

Asi, no es solamente justo: él es la Justicia infinita; no es solamente bueno: es él la Bondad infinita; no es misericordioso: es él la Misericordia infinita; no es solamente poderoso: es él la Potencia infinita; no es solamente sabio: él es la Sabiduria infinita.

Una vez más aún: éste es el Dios que yo niego y del cual por doce pruebas diferentes (en rigor con una sola bastaria), voy a demostrar la imposibilidad.

Division del tema.

He ahi el órden dentro del cual yo presentaré mis argumentos.

Estos formarán tres grupos: el primero de éstos grupos se ocupará más particularmente del Dios-Creador. Contendrá seis argumentos. El segundo de éstos grupos será dedicado más especialmente al Dios-Gobernador o Providencia: abarcará cuatro argumentos. En fin, el tercero y último de esos grupos se ocupará del Dios-Justiciero o Magistrado; comprenderá dos argumentos.

Luego: seis argumentos contra el Dios-Creador; cuatro argumentos contra el Dios-Gobernador; dos argumentos contra el Dios-Justiciero. Esto hará doce pruebas de la inexistencia de Dios.

Siendoos conocido el plan de mi demostración, podréis seguir mas comodamente y mejor el desarrollo.

Primera serie de argumentos.

Primer argumento:

El gesto creador es inadmisible.

¿Qué se entiende por crear?

¿Qué es crear?

¿Es tomar los materiales esparcidos, separados, pero existentes; luego, utilizando ciertos principios experimentados, aplicando ciertas reglas conocidas, reunir, agrupar, asociar, ajustar estos materiales, con el fin de hacer de ellos algo?

No. Esto no es crear. Ejemplo: ¿puede decirse de una casa que ella ha sido creada?—No. Ha sido construida. ¿Puede decirse de un mueble que ha

sido creado?—No. Ha sido fabricado. ¿Puede decirse de un libro que ha sido creado?—No. Ha sido compuesto, impreso.

Luego, tomar estos materiales existentes y hacer de ellos algo, eso no es crear.

¿Qué es, pues, crear?

Crear... Me encuentro a fe mia, muy perplejo para explicar lo inexplicable, para definir lo indefinido. Sin embargo voy a intentar hacerme comprender.

Crear, es sacar algo de nada. Es hacer con nada alguna cosa. Es llamar la nada a ser.

Eso supuesto, imagino que no se encuentra ni una sola persona dotada de razón que pueda concebir y admitir que de nada se pueda sacar algo, que con nada sea posible hacer alguna cosa.

Imaginad a un matemático, elegid el calculador más eminente, colocad detrás de él un enorme cuadro negro. Rogadle que trace sobre ese cuadro ceros y más ceros: podra esforzarse en sumar, en multiplicar, en librarse a todas las operaciones de las matemáticas, y no alcanzará jamás a extraer de la acumulación de esos ceros una unidad. Con nada, no se hace nada; con nada no se puede hacer nada. El famoso aforismo de Lucrecio **ex nihilo nihil** queda como la expresión de una verdad y de una evidencia manifiestas.

El gesto creador es un gesto imposible de admitir y es un absurdo.

Crear, es, pues, una expresión mistica, religiosa, pudiendo poseer algún valor a los ojos de las personas a las cuales satisface creer lo que ellas no comprenden y a quienes la fe se impone tanto más cuanto menos comprenden; pero crear es una expresión vacia de sentido para un hombre ente-

rado, atento, a los ojos de quien las palabras no tienen más valor que en la medida en que ellas representan una realidad o una posibilidad.

En consecuencia, la hipótesis de un Ser verdaderamente creador es una hipotesis que la razón rechaza.

El Ser creador no existe, no puede existir.

Segundo argumento.

El «espiritu puro» no puede haber determinado el Universo

A los creyentes que, a despecho de toda razón, persisten en admitir la posibilidad de la creación, les diré que en todos los casos es imposible de atribuir esta creación a su Dios.

Su Dios es **puro Espîritu**. Y yo digo que el puro Espiritu: lo Inmaterial no puede haber determinado al Universo: lo Material. He ahi porque:

El puro Espîritu no es separado del Universo por una diferencia de grado, de cantidad, sino por una diferencia de naturaleza, de cualidad.

De manera que el Espîritu puro no es ni puede ser una ampliación del Universo del mismo modo que el Universo no puede ser una reducción del Espîritu puro. La diferencia aqui no es solamente una distinción, sino una oposición, oposición de naturaleza: esencial, fundamental, irreductible, absoluta.

Entre el Espîritu puro y el Universo, no hay únicamente un abismo más o menos grande y profundo que podria ser calmado o franqueado: hay un verdadero abismo, cuya profundidad y exten-

sión, cualquiera que sea el esfuerzo intentado, nadie ni nada podria colmar ni franquear.

Y yo emplazo al filosofo mas sutil, lo mismo que al matematico más consumado, a levantar un puente, es decir, a establecer una relación—la que sea—(y con mayor razón una relación tan directa y tan estrecha como la que liga la causa al efecto) entre el Espîritu puro y el Universo.

El Espiritu puro no admite ninguna aleación material, no comporta ni forma, ni cuerpo, ni linea, ni materia, ni proporción, ni espacio, ni duración, ni profundidad, ni superficie, ni volumen, ni color, ni sonido, ni densidad.

Luego, en el Universo, todo, por el contrario, es forma, cuerpo, linea, materia, proporción, espacio, duración, profundidad, superficie, volumen, color, sonido, densidad.

¿Cómo admitir que ésto ha sido determinado por aquello?

Es imposible.

Llegado a este punto de mi demostración, establezco sólidamente sobre los dos argumentos que preceden, la siguiente conclusión:

Hemos visto que la hipótesis de una potencia verdaderamente creadora es imposible. Hemos visto, en segundo lugar, que, aún cuando se persiste en creer en esta potencia, no se podria admitir que el Universo esencialmente material haya sido determinado por el Espîritu puro, esencialmente inmaterial.

Si, a pesar de todo, vosotros os obstináis, creyendo, en afirmar que es vuestro Dios quien ha creado el Universo, ha llegado la hora de pediros donde, en la hipotesis de Dios, se encuentra la Materia; en el origen, o en el principio.

Y bien. De dos cosas una: o bien la Materia estaba fuera de Dios o bien ella estaba en Dios (no le podriais asignar un tercero lugar). En el primer caso, si ella se hallaba fuera de Dios, es que Dios no ha tenido necesidad de crearla, puesto que ya existia; es que ella coexistia con Dios, es que era concomitante con él y, entonces, vuestro Dios no es creador.

En el segundo caso, es decir, si ella no estaba separada de Dios, ella estaba en Dios, y en este caso yo resumo: 1°. que Dios no es el Espîritu puro puesto que él tenia en si una particula de materia, y qué particula: la totalidad de los Mundos materiales.

2°. que Dios, conteniendo la materia en él, no ha tenido que crearla, puesto que ella existia; no ha tenido más que hacerla salir, y en éste caso, la creación cesa de ser un acto de creación verdadero y se reduce a un acto de exteriorización.

En los dos casos, no hay creación.

Tercer argumento:

Lo perfecto no puede producir lo imperfecto.

Estoy convencido que si yo sometia a un creyente ésta cuestión: «**¿Lo imperfecto puede producir lo perfecto?**», este creyente me responderia sin la menor vacilación y sin el menor temor de equivocarse: «lo imperfecto no puede producir lo perfecto».

En ese supuesto, digo yo: «lo perfecto no puede producir lo imperfecto» y yo sostengo que mi posición posee la misma fuerza y la misma exactitud que la precedente, y por las mismas razones.

Hay más aún: entre lo perfecto y lo imperfecto no existe solamente una diferencia de grado, de cantidad, sino también una diferencia de cualidad, de naturaleza, una oposición esencial, fundamental, irreductible, absoluta.

Hay más todavia: entre lo perfecto y lo imperfecto no hay unicamente una fuerza mas o menos profunda y amplia, sino un abismo tan vasto y tan profundo que nada podria franquearlo ni llenarlo.

Lo perfecto, es absoluto; lo imperfecto, es relativo; a los ojos de lo perfecto, que es todo, lo relativo, lo contingente, no es nada; a los ojos de lo perfecto, lo relativo es sin valor, no existe y no está al alcance de ningún matemático ni de filosofo alguno establecer una relación —la que sea—entre lo relativo y lo absoluto; **a fortiori,** esa relación es imposible cuando se trata de una relación tan rigorosa y precisa como la que debe existir necesariamente entre Causa y Efecto.

Es, pues, imposible que lo perfecto haya determinado lo imperfecto.

Por el contrario, existe una relación directa, fatal y en cierto modo matematica, entre la obra y el autor de ella: tanto vale la obra, tanto vale el obrero; tanto vale el obrero, tanto vale la obra. Es por la obra que se reconoce al obrero como es por el fruto que se reconoce al árbol.

Si yo examino una redacción mal hecha en la que abundan las faltas francesas, en la que las frases son mal construidas, en la que el estilo es pobre y desaliñado, en la que las ideas son raras y banales, en la que los conocimientos son inexactos, no se me ocurrirá la idea de atribuir esta mala

página de francés a un cincelador de frases, a uno de los maestros de la literatura.

Si yo dirijo la mirada sobre un dibujo mal hecho, en el que las líneas son mal trazadas, las reglas de la perspectiva y de la proporción violadas, no se me ocurrira jamás atribuir ese esbozo rudimentario a un profesor, a un maestro, a un artista. Sin la menor vacilación, diré: es la obra de un alumno, de un aprendiz, de un niño; y tengo la seguridad de no cometer error, tanto es verdad que la obra lleva la marca del obrero y que, por la obra, se puede apreciar al autor de ella.

Luego, la Naturaleza es hermosa; el Universo es magnifico y yo admiro apasionadamente, tanto como el primero, los esplendores, las magnificencias de las que nos ofrece constante espectáculo. Sin embargo, por entusiasta que yo sea de las bellezas de la Naturaleza y no importa el homenaje que yo le tribute, no puedo decir que el Universo es una obra sin defecto, irreprochable, perfecta. Y nadie se atrevería a sostener tal opinión.

El Universo es una obra imperfecta.

En consecuencia, digo yo; hay siempre entre la obra y el autor de ella una relación rigorosa, estrecha, matemática; luego, el Universo es una obra imperfecta: el autor de ésta obra, pues, no puede ser sino imperfecto.

Este silogismo conduce a poner en evidencia la imperfección del Dios de los creyentes, y por consiguiente, a negarlo.

Puedo todavía razonar de la manera siguiente:

O bien no es Dios quien es el autor del Universo (expreso así mi convicción).

O bien, si persistís en afirmar que es él el autor,

el Universo siendo una obra imperfecta, vuestro Dios es en si mismo imperfecto.

Silogismo o dilemma, la conclusión, el razonamiento resta los mismos:

Lo perfecto no puede determinar lo imperfecto.

Cuarto argumento:

El Ser eterno, activo, necesario, no puede, en momento alguno, haber estado inactivo o inútil

Si Dios existe, es eterno, activo y necesario.

¿**Eterno**? Lo es por definición. Es su razón de ser. No se le puede concebir encerrado en los límites del tiempo; no se le puede imaginar teniendo un principio o un fin. No puede aparecer ni desaparecer. Existe de siempre.

¿**Activo**? Lo es y no puede dejar de serlo, puesto que es su actividad la que lo ha engendrado todo, puesto que su actividad se ha afirmado, dicen los creyentes, por el acto más colosal, más majestuoso: la Creación de los Mundos.

¿**Necesario**? Lo es, y no puede dejar de serlo, puesto que sin él nada existiria, puesto que es el autor de todas las cosas; puesto que es el manantial inicial de donde todo brota; puesto que es la fuente única y primera de donde todo ha manado. Puesto que, solo, bastándose asimismo, ha dependido de su única voluntad que todo sea y que nada no sea. Es él, pues: Eterno, Activo y Necesario.

Tengo la pretensión, y voy a demostrarlo, que, si es Eterno, Activo y Necesario, debe ser eternamente activo y eternamente necesario; que consecuentemente, no ha podido, en momento alguno,

ser inactivo o inútil; que, por consiguiente, en fin, no ha sido creado jamás.

Decir que Dios no es eternamente activo, es admitir que no siempre lo ha sido, que ha llegado a serlo, que ha empezado a ser activo, que antes de serlo, no lo era; y puesto que es por la Creación que se ha manifestado su actividad, eso es admitir, al mismo tiempo que, durante los millones y millones de siglos que, quizá, han precedido la acción creadora, Dios estaba inactivo.

Decir que Dios no es eternamente necesario, es admitir que no lo ha sido siempre, que ha llegado a serlo, que ha empezado a ser necesario, que antes de serlo no lo era, y puesto que es la creación que proclama y atestigua la necesidad de Dios, eso es admitir a la vez que, durante millones y millones de siglos que han precedido quizá a la acción creadora, Dios era inútil.

¡Dios inactivo y perezoso!

¡Dios inútil y superfluo!

¡Qué postura para el Ser esencialmente activo y esencialmente necesario!

Es preciso confesar, pues, que Dios es por todo tiempo Activo y en todo tiempo necesario.

Pero entonces, él no puede haber creado, puesto que la idea de creación implica, de manera absoluta, la idea de principio, de origen. Una cosa que empieza no puede haber existido en todo tiempo. Hubo necesariamente un tiempo en que, antes de ser, no era aún. Por corto o por largo que fuera ese tiempo que precede a la cosa creada, nada puede suprimirlo; de todas maneras, es.

De eso resulta que: o bien Dios no es eternamente Activo y eternamente Necesario, y, en este caso, él ha llegado a serlo por la creación. Si no es así,

le faltaba a Dios, antes de la creación, esos dos atributos: la actividad y la necesidad. Este Dios era incompleto; era un cacho de Dios, nada mas; y él ha tenido necesidad de crear para llegar a ser activo y necesario, para completarse.

O bien Dios es eternamente activo y necesario, y, en este caso, el ha creado eternamente, las creaciones eternas; el Universo no ha tenido principio nunca; existe de todo tiempo; es eterno como Dios; es el mismo Dios y se confunde con él.

Luego: en el primer caso Dios, antes de la creación, no era ni activo ni necesario, era incompleto, es decir imperfecto y, pues, no existe; en el segundo caso, Dios, siendo eternamente activo y eternamente necesario no ha podido llegarlo a ser; y entonces, no ha podido crear.

Si eso es asi, el Universo no ha tenido principio. No ha sido creado.

Quinto argumento:

El Ser inmutable no puede haber creado.

Si Dios existe, es inmutable. No cambia, no puede cambiar. Mientras que en la Naturaleza, todo se modifica, se metamorfosea, se transforma, mientras que nada es perdurable y que todo se realiza, Dios, punto fijo, inmovil en el tiempo y en el espacio, no está sujeto a modificación alguna, no conoce ni puede conocer cambio alguno.

Es hoy lo que era ayer; será mañana lo que es hoy. Que se mire a Dios en la lejania de los siglos más remotos o en la de los siglos futuros, es constantemente idéntico a si mismo.

Dios es inmutable.

Yo considero que, si él ha creado, no es inmutable, porque en este caso, ha cambiado dos veces.

Determinarse a querer, es cambiar; resulta evidente que hay un cambio entre el ser que no quiere aun y el ser que quiere.

Si yo quiero hoy lo que no queria, lo que no pensaba hace 48 horas es que se ha producido en mi o en torno mio una o varias circunstancias que me han determinado a querer. Este querer de nuevo constituye una modificación; no hay duda: es indiscutible.

Paralelamente: determinarse a obrar, o obrar, es modificar.

Además es cierto que ésta doble modificación: querer obrar, es tanto más considerable y acusada cuanto mas se trata de una resolución más grave y de una acción más importante.

¿Dios ha creado, decis?—Sea. Luego ha cambiado dos veces: la primera cuando ha tomado la determinación de crear; la segunda, cuando poniendo en ejecución su determinación, ha cumplido el gesto creador.

Si ha cambiado dos veces, no es inmutable.

Y si no es inmutable, no es Dios. No existe.

El Ser inmutable no puede haber creado.

Sexto argumento:

Dios no puede haber creado sin motivo; eso supuesto, es imposible discernir uno solo

De cualquier lado que se examine, la creación resta inexplicable, enigmatica, vacia de sentido.

Y salta a la vista que, si Dios ha creado es impo-

sible admitir que haya cumplido este acto gran-
dioso y del cual las consecuencias debian ser fa-
talmente proporcionales al acto mismo, por consi-
guiente, incalculables, sin haberse determinado a
ello por una razón de primer órden.

Y bien. ¿Cuál será esta razón? ¿Por que motivo
Dios se ha podido determinar a crear? ¿Qué móvil
le ha impulsado? ¿Que deseo le ha tomado? ¿Qué
proposito se ha formado? ¿Qué objetivo ha perse-
guido? ¿Qué fin se ha propuesto?

Multiplicad, en este órden de ideas, las cuestio-
nes y las cuestiones, dadle vueltas y más vueltas al
problema; examinadlo bajo todos sus aspectos;
solverlo de otra manera que no sea por cuentos o
examinadlo en todos los sentidos y yo os reto a re-
por sutilidades.

Mirad: he aqui a un niño educado en la reli-
gión cristiana: su catecismo le afirma, sus maes-
tros le enseñan que es Dios quien lo ha creado y
lo ha puesto en el mundo. Suponed que él se hace
esta pregunta: «¿Por qué Dios me ha creado y me
ha puesto en el mundo?» Y que quiera encontrar
una respuesta seria y razonable. No podra obtener-
la. Suponed todavia que, confiando en la experien-
cia y en el saber de sus educadores, persuadido que
por el carácter sagrado de que curas y pastores
estan revestidos por los conocimientos especiales
que poseen y por las gracias particulares; conven-
cido que por su cantidad, ellos están más cerca de
Dios que él y mejor iniciados que él a las verdades
reveladas, suponed que este niño tenga la curio-
sidad de pedir a sus maestros por que Dios le ha
creado y le ha puesto en el Mundo: yo afirmo que
ellos no pueden dar a ésta simple interrogación
respuesta alguna satisfactoria, sensata.

En verdad, no la hay.

Apuremos más de cerca la cuestión, profundicemos el problema.

Por medio del pensamiento, examinemos a Dios **antes** de la creación Tomémoslo en su sentido absoluto. Está solo. Se basta a si mismo. Es perfectamente sabio, perfectamente feliz, perfectamente poderoso. Nada puede acrecentar su sabiduria; nada puede acrecentar su felicidad; nada puede fortificar su Potencia.

Este Dios no puede experimentar ningún deseo, puesto que su felicidad es infinita; no puede perseguir ningun objetivo, puesto que nada le falta a su perfección; no puede formar ningún propósito, puesto que nada puede disminuir su potencia; no puede determinarse a querer, puesto que no experimenta necesidad alguna.

¡Vamos! ¡Filósofos profundos, pensadores sutiles, teólogos, prestigiosos, responded a este niño que os interroga y decidle por qué Dios lo ha creado y lo ha puesto en el Mundo!

Estoy bien tranquilo; no podeis responder, al menos que no digáis: «Los designos de Dios son impenetrables», y que no déis ésta respuesta como suficiente.

Y prudentemente obraréis, absteniéndoos de dar respuesta, pues toda respuesta, os lo prevengo caritativamente, sería la ruina de vuestro sistema, el hundimiento de vuestro Dios.

La conclusión se impone, logica, implacable: Dios, si ha creado, ha creado sin motivo, sin saber porque, sin objetivo.

Sabeis, camaradas ¿a donde nos conducen forzosamente las consecuencias de tal conclusión?

Vais a verlo.

Lo que diferencia los actos de un hombre dotado de razón de los actos de un hombre atacado de demencia; lo que hace que uno sea responsable y el otro no lo sea, es que un hombre en sus cabales sabe siempre, en todos los casos puede saber, cuando obra, cuãles son los moviles que le han impulsado, cuáles los motivos que le han determinado a obrar. Cuando se trata de una acción importante y cuyas consecuencias pueden comprometer pesadamente su responsabilidad, basta que el hombre en posesión de razón se repliegue en si mismo; se libre a un examen de conciencia serio, persistente e imparcial, basta que, por el recuerdo reconstituya el cuadro en el que los acontecimientos le han encerrado; en una palabra; que él reviva la hora transcurrida, para que llegue a discernir el mecanismo de los movimientos que le han hecho obrar.

No está siempre orgulloso de los móviles que le han impulsado. Enrojece amenudo de las razones que le han determinado a obrar. Pero esos motivos, sean nobles o viles, generosos o bajos, llega siempre a descubrirlos.

Un loco, al contrario, obra sin saber por que. Su acto realizado, aun el más cargado en consecuencias, interrogadle, apremiadle con preguntas; insistid; acosadle. El pobre demente balbuceará algunas locuras y no le arrancareis a sus incoherencias.

Lo que diferencia los actos de un hombre sensato de los actos de un insensato, es que los actos del primero se explican, es que tienen una razón de ser, es que se distingue en ellos la causa y el objetivo, el origen y el fin, mientras que los actos

de un hombre privado de razón no se explican, es incapaz el mismo de discernir la causa y el objetivo; no tienen razón de ser.

Y bien: Si Dios ha creado sin objeto, sin motivo, ha obrado a la manera de un loco y **la Creación aparece como un acto de demencia.**

Dos objeciones capitales

Para acabar con el Dios de la Creación, me parece indispensable examinar dos objeciones.

Vosotros pensais que aqui las objeciones abundan; también, cuando yo hablo de objeciones a estudiar, hablo de objeciones capitales, clasicas.

Estas dos objeciones tienen tanta más importancia, cuanto que, con el habito de la discusión, se pueden condensar todas las otras en ellas.

Primera objeción

Se me dice:

«No tiene usted derecho a hablar de Dios como usted lo hace. Nos presenta usted un Dios caricatural, sistemáticamente empequeñecido a las proporciones que se digna acordarle su entendimiento. Ese Dios no es el nuestro. El nuestro usted no puede concebirlo, pues él le escapa, se excede de usted. Sepa usted que aquello que pareceria fabuloso al hombre más poderoso, más potente, en fuerza y en energia, en sabiduria y en saber, para Dios no es más que un juego de niños. No olvide usted que la Humanidad no puede moverse en el

mismo plan que la Divinidad. No pierda usted de vista que asimismo le es imposible al hombre comprender la forma de actuar de Dios, como le es imposible a los minerales imaginar las formas de actuar de los animales y a los animales comprender los modos de actuar de los hombres.

Dios se eleva a alturas que usted no puede alcanzar: ocupa cimas que para usted son y serán siempre inaccesibles.

Sepa usted que por extraordinaria que sea la magnificencia de una inteligencia humana, por grande que sea el esfuerzo realizado por esta inteligencia, cualquiera que sea la persistencia de este esfuerzo, jamás la inteligencia humana podrá elevarse hasta Dios. En fin, dése usted cuenta que, por basto que él sea, el cerebro del hombre es finito y que, por consecuencia, no puede concebir lo infinito.

Tenga usted, pues, la lealtad y la modestia de confesar, que no le es a usted posible comprender ni explicar a Dios. Pero del hecho de usted no poder comprenderle, ni explicarle, no puede deducirse que tenga usted el derecho de negarlo».

Y yo respondo a los deistas:

Señores, me dan ustedes consejos de lealtad a los cuales estoy dispuesto a ajustarme. Me recuerdan ustedes la legítima modestia que conviene al humilde mortal que yo soy. Me complace no apartarme de ella.

¿Dicen ustedes que Dios me excede, me escapa? Sea. Consiento en reconocerlo; asimismo afirmar que lo finito no puede concebir ni explicar lo infinito, es una verdad tan cierta y evidente, que no siento el menor deseo de oponerme a ella. Hé-

nos, pués, hasta ahora, completamente de acuerdo y espero que estarán ustedes contentos.

Solamente, señores, permitan que, a mi vez, les dé los mismos consejos de lealtad; soporten ustedes que, a mi vez, les aconseje la misma modestia. ¿No son ustedes hombres, como yo soy? ¿Dios no les escapa a ustedes, como me escapa a mi? ¿No les sobrepasa, como a mi me sobrepasa? ¿Tendrán ustedes la pretensión de moverse en el mismo plano que la divinidad? Tendrán ustedes el atrevimiento de pensar y la tonteria de decir que, de un aletazo, se han elevado ustedes a las cimas que Dios ocupa? ¿Serán ustedes presuntuosos hasta el punto de afirmar que su cerebro finito abarca lo Infinito?

No les hago la injuria, señores, de creerlos atacados de tan extravagante vanidad.

Tengan pues, como yo, la lealtad y la modestia de confesar que, si me es imposible comprender y explicar a Dios, ustedes se encuentran en la misma imposibilidad. Tengan la probidad de reconocer que, si bien yo no puedo negarle, por la imposibilidad en que me encuentro de concebirle y de explicarle, tampoco pueden ustedes afirmarlo, por las mismas razones que yo.

Y guárdense ustedes de creer que nos encontremos juntos en el mismo sitio. Son ustedes los primeros que han afirmado la existencia de Dios; por lo mismo, deben ser ustedes los primeros que pongan fin a sus afirmaciones. ¿Acaso habria yo pensado en negar a Dios, si, cuando aún era un niño, no me hubiesen obligado a creer en él? ¿Si, ya adulto, no lo hubiese oido afirmar constantemente en torno mio? ¿Si, ya hombre, mis miradas

no hubiesen visto constantemente Iglesias y Templos elevados a Dios?

Son sus afirmaciones las que provocan y justifican mi negación.

Cesen ustedes de afirmar y yo cesaré de negar.

Segunda objeción

«No hay efecto sin causa».

La segunda objeción parece mucho más temible. Muchos la consideran aún sin réplica. Ella es formulada por filósofos espiritualistas .

Esos señores nos dicen sentenciosamente: «No hay efecto sin causa; por lo tanto, el universo es un efecto; este efecto tiene una causa a la que llamamos Dios».

El argumento está bien presentado; parece bien construido; aparentemente bien armado.

Pero todo depende de comprobar si lo es verdaderamente.

Este razonamiento es lo que, en lógica, llamamos un silogismo. Un silogismo es un argumento compuesto de tres proposiciones: la mayor, la menor y la consecuencia, y comprende dos partes: las premisas, constituidas por las dos primeras proposiciones, y la conclusión, representada por la tercera.

Para que un silogismo sea inatacable, precisa: 1°.: que la mayor y la menor sean exactas; 2°.: que la tercera proposición resulte lógicamente de las dos primeras.

Si el silogismo de los filósofos espiritualistas reune estas dos condiciones, es irrefutable y

solo me resta inclinarme; pero si le falta una sola de estas dos condiciones, él es nulo, sin valor, y el argumento se hunde por entero.

Para conocer el valor, examinemos las tres proposiciones que lo componen:

Primera proposición mayor:

«No hay efecto sin causa.»

Filósofos, tienen ustedes razón. No hay efecto sin causa; nada es tan exacto. No hay, no puede haber efecto sin causa. El efecto es la consecuencia, la prolongación, el finalizamiento de la causa. Quien dice efecto dice causa: la idea de **efecto** llama **necesariamente** e **inmediatamente** la idea de causa. Si fuese de otra manera, el efecto sin causa seria un efecto **de nada**, lo que seria absurdo.

Sobre esta primera proposición, pues, estamos de acuerdo.

Segunda proposición, menor:

«El Universo es un efecto.»

¡Ah! ante esto, pido tiempo para reflexionar y solicito explicaciones. ¿Sobre que se apoya una afirmación tan neta, tan tajante? ¿Cuál es el fenómeno o el conjunto de fenómenos, cual es la constatación o el conjunto de constataciones que permite pronunciarse en un tono tan categórico?

Ante todo, ¿conocemos suficientemente al Universo? ¿Lo hemos estudiado, escrutado, registrado, comprendido, para que nos sea permitido ser tan afirmativos? ¿Hemos penetrado en sus entrañas? ¿Hemos explorado los espacios inconmensurables? ¿Hemos descendido a las profundidades de los océanos? ¿Hemos escalado todas sus alturas? ¿Conocemos todas las cosas que pertenecen al dominio del Universo? ¿Nos ha entregado él todos sus secretos? ¿Hemos arrancado todos los velos, penetrado todos los misterios, descubierto todos los

enigmas? ¿Lo hemos visto todo, oido todo, palpado todo, sentido todo, todo observado, anotado todo? ¿No debemos ya aprender nada más? ¿No nos queda nada por descubrir? En un palabra, ¿estamos en condiciones de emitir sobre el Universo una opinión formal, un juicio definitivo, una sentencia indudable?

Nadie puede responder afirmativamente a todas estas cuestiones y sería profundamente digno de lástima el temerario, puede decirse el insensato, que osase pretender que conoce al Universo.

¡El Universo! Es decir, no solamente el infimo planeta que habitamos y sobre el cual se arrastran nuestros miserables huesos; no solamente esos millones de astros y de planetas que conocemos, que forman parte de nuestro sistema solar, y que vamos descubriendo a medida que pasa el tiempo; sino esos Mundos y esos Mundos de los que conocemos o adivinamos la existencia y cuyo número, cuya distancia y cuya extensión son incalculables!

Si yo dijese: «El Universo es una causa», tengo la certidumbre que desencadenaria expontáneamente los gritos y las protestas de los creyentes; y no obstante, mi afirmación no sería más insensata que la suya.

Mi temeridad igualaria a su temeridad: he aquí todo.

Si me inclino sobre el Universo, si lo observo tanto como le permiten a un hombre de hoy los conocimientos adquiridos, constato un conjunto increiblemente complejo y tupido, un enlazamiento inextricable y colosal de causas y de efectos que se determinan, se encadenan, se suceden, se alcanzan y se penetran. Percibo como el todo forma una cadena sin fin, cuyos anillos están indisolublemente ligados y constato que cada uno de estos

anillos es a la vez causa y efecto: efecto de la causa que lo determina; causa del efecto que le sigue.

¿Quién puede decir: «He aqui el primer anillo; el anillo Causa?». Y ¿quién puede decir: «He aqui el último anillo: el anillo Efecto?» ¿Y quién puede decir: «Hay necesariamente una causa número primero, hay necesariamente un efecto número último?...»

La segunda proposición: «El Universo es un efecto», está faltada, por lo tanto, de la condición indispensable: la exactitud.

En consecuencia, el famoso silogismo no vale nada.

Añado que, incluso en el caso en que esta segunda proposición fuese exacta, faltaria aún establecer, para que la conclusión fuese aceptable, que el Universo es el efecto de una Causa única, de una Causa primera, de la Causa de las Causas, de una Causa sin Causa, de la Causa eterna.

Espero sin impaciencia, sin inquietud esta demostración. Es de las que se han intentado muchas veces y que jamás han sido hechas. Es de las que puede decirse sin mucha temeridad que no estarán jamás establecidas seriamente, positivamente, científicamente.

Añado, en fin, que incluso en el caso en que todo el silogismo fuese irreprochable, seria fácil volverlo contra la tesis del Dios Creador, en favor de mi demostración.

Ensayémoslo: ¿No hay efecto sin causa?—Sea. ¿El Universo es un efecto?—De acuerdo. Asi pues ¿este efecto tiene una causa y es esta causa lo que llamamos Dios?—Una vez más, sea.

No se apresuren ustedes a triunfar, deistas, y escúchenme bien:

Si es evidente que no hay efecto sin causa, es

también rigurosamente evidente que no hay causa sin efecto. No hay, no puede haber causa sin efecto. Quien dice causa, dice efecto; la idea de causa implica **necesariamente** y llama **inmediatamente** la idea de efecto; si fuese de otra manera, la causa sin efecto seria una causa de nada, lo que seria tan absurdo como un efecto de nada. Asi pues, queda bien entendido que no existen causas sin efectos.

Ustedes dicen que el Universo efecto, tiene por causa Dios. Conviene, pues, decir que la Causa-Dios, tiene por efecto el Universo.

Es imposible separar el efecto de la causa; pero es igualmente imposible separar la causa del efecto.

Afirman ustedes, en fin, que Dios-Causa es eterno. De ello saco en conclusión que el Universo-Efecto es igualmente eterno, pues a una causa eterna debe ineluctablemente corresponder un efecto eterno.

Si fuese de otra forma, es decir, si el Universo hubiese comenzado, durante los millares y los millares de siglos que, quizá, han precedido a la creación del Universo, Dios habria sido una causa sin efecto, lo que es imposible, una causa de nada, lo que sería absurdo.

En consecuencia, siendo Dios eterno, el Universo lo es también, y si el universo es eterno, es que no ha comenzado jamás, es que no ha sido jamás creado.

SEGUNDA SERIE DE ARGUMENTOS

Primer argumento

El Gobernador niega al Creador.

Hay quienes—y forman legión—apesar de todo, se obstinan en creer. Concibo que, pese a todo, se pueda creer en la existencia de un creador perfecto; concibo que pueda creerse en la existencia de un gobernador necesario: pero me parece imposible que se pueda creer razonablemente en el uno y en el otro al mismo tiempo: esos dos Seres perfectos se excluyen categóricamente; afirmar al uno es negar al otro; proclamar la perfección del primero, es confesar la inutilidad del segundo; proclamar la necesidad del segundo, es negar la perfección del primero.

En otros términos, puede creerse en la perfección del uno o en la necesidad del otro; pero es irrazonable creer en la perfección de los dos; precisa elegir.

Si el Universo creado por Dios ha sido una obra perfecta; si, en su conjunto y en sus menores detalles, esta obra hubiese carecido de defectos; si el mecanismo de esta gigantesca creación hubiese sido irreprochable; si tan y tan perfecta hubiese

sido su organización que no hubiese debido temerse ningún desarreglo, ni una sola averia, en una palabra, si la obra hubiese sido digna de este obrero genial, de este artista incomparable, de este constructor fantástico que se llama Dios, la necesidad de un gobernador no se hubiese hecho sentir .

Una vez dado el primer empuje, puesta en movimiento la formidable máquina, hubiera bastado abandonarla asi misma, sin temor de accidente posible.

¿Por qué este ingeniero, este mecánico, cuyo papel es el de vigilar la máquina, dirigirla, intervenir cuando es necesario y aportar a la máquina en movimiento los retoques necesarios y las reparaciones sucesivas? Este ingeniero habria sido inútil; este mecánico no habria tenido objeto.

En este caso, no precisa un Gobernador.

Si el Gobernador existe, es que su presencia, su vigilancia, su intervención, son indispensables.

La necesidad del Gobernador es como un insulto, un desafio lanzado al creador; su intervención atestigua la torpeza, la incapacidad, la impotencia del Creador.

El Gobernador niega la perfección del Creador.

Segundo argumento:

La multiplicidad de los Dioses demuestra que no existe ninguno.

El Dios Gobernador es y debe ser poderoso y justo, infinitamente poderoso e infinitamente justo.

Pretendo que la multiplicidad de la Religiones atestigua que está faltado de potencia y de justicia.

Abandonemos los dioses muertos, los cultos abolidos, las religiones apagadas. Estas se cuentan por millares y millares. No hablemos más que de las religiones vivas.

Según las estimaciones mejor fundadas hay, en el presente, ochocientas religiones que se disputan el imperio sobre mil seis cientos millones de consciencias que pueblan nuestro planeta. No es dudoso que cada una se imagina y proclama que solo ella está en posesión del Dios verdadero, auténtico, indiscutible, único, y que los demás dioses son dioses de broma, falsos dioses, dioses de contrabando y de pacotilla, que es obra pia el combatirlos y el aplastarlos.

Yo añado que, aún que solo hubiera habido cien religiones, en lugar de ochocientas; aunque no hubiera habido más que diez, aunque únicamente hubiera habido dos, mi razonamiento tenia el mismo vigor.

¡Y bien!. Afirmo que la multiplicidad de estos dioses atestigua que no existe ninguno, porque ella demuestra que Dios está faltado de potencia y de justicia.

Poderoso, habria podido hablar a todos con la misma facilidad que a uno solo. Poderoso, le habria bastado con mostrarse, con revelarse a todos sin más esfuerzo del que ha necesitado para revelarse a unos cuantos.

Un hombre—el que sea—no puede mostrarse, no puede hablar más que a un número limitado de hombres; sus cuerdas vocales tienen una potencia que no puede exceder de ciertos limites; ¡pero Dios!...

Dios puede hablar a todos—no importa el número—con la misma facilidad que a unos cuantos. Cuando se eleva, la voz de Dios puede y debe reso-

nar en los cuatro puntos cardinales. El verbo divino no conoce ni distancia, ni espacio. Atraviesa los océanos, escala las cimas, flanquea los espacios sin la menor dificultad.

Ya que le complajo—la religión lo afirma—hablar a los hombres, revelarse a ellos, confiarles sus propósitos, indicarles su voluntad, hacerles conocer su Ley, habria podido hablar a todos sin más esfuerzo que el empleado hablando a un puñado de privilegiados.

No lo ha hecho, puesto que unos le niegan, otros lo ignoran, otros, en fin, ponen este o estotro Dios a aquel otro de sus concurrentes.

En estas condiciones, ¿no es discreto pensar que no ha hablado a ninguno y que las múltiples revelaciones no son otra cosa que múltiples imposturas; mejor que, si ha hablado a algunos, es que no ha podido hablar a todos?

Si asi fuese, yo le acuso de impotencia.

Y, si le acuso de impotencia, le acuso asimismo de injusticia.

¿Qué pensar, en efecto, de ese Dios que se muestra a algunos y se esconde de los otros? ¿Qué pensar de ese Dios que dirije la palabra a los unos, y guarda silencio ante los otros?

No olvidéis que los representantes de ese Dios afirman que él es el Padre y que todos, con el mismo título y en el mismo grado, somos hijos bien amados de ese Padre que está en los cielos.

Y bien, ¿qué pensáis de ese padre que, lleno de ternura para algunos privilegiados, les arranca, revelándose a ellos, a las angustias de la duda, a las torturas de la vacilación, mientras que, voluntariamente, condena a la inmensa mayoria de sus hijos a los tormentos de la incertidumbre? ¿Qué pensáis de ese padre que se muestra a una parte

de sus hijos a los tormentos de la incertidumbre? Qué pensáis de ese padre que se muestra a una parte de sus hijos en el resplandor deslumbrante de Su Majestad, mientras que, para los otros, permanece rodeado de tinieblas? ¿Qué pensáis de ese padre que, exigiendo de sus hijos un culto, respetos, adoraciones, llama a algunos elegidos a escuchar la palabra de Verdad, mientras que, de forma deliberada, niega a los otros este insigne favor?

Si estimáis que ese padre es justo y bueno, no os sorprendáis de que mi apreciación sea diferente.

La multiplicidad de las religiones proclama, pues que Dios está faltado de potencia y de justicia. Y Dios debe ser infinitamente poderoso e infinitamente justo; los creyentes lo afirman; si le falta uno de estos atributos: la potencia y la justicia, no es perfecto; si no es perfecto, no existe.

La multiplicidad de los Dioses demuestra, por lo tanto, que no existe ninguno.

Tercer argumento:

Dios no es infinitamente bueno; el Infierno lo demuestra.

El Dios Gobernador o Providencia es y debe ser infinitamente bueno, infinitamente misericordioso. La existencia del infierno prueba que no lo es.

Seguid bien mi razonamiento: Dios podia—puesto que es libre—no crearnos; él nos ha creado.

Dios podia—puesto que es todo poderoso—crearnos a todos buenos; ha creado de buenos y de malos.

Dios podia—puesto que es bueno—admitirnos a

todos en su paraiso, después de nuestra muerte, contentándose con el tiempo de pruebas y tribulaciones que pasamos sobre la tierra.

Dios podia, en fin—puesto que es justo—no admitir en su paraiso más que a los buenos y negar su acceso a los perversos, pero aniquilar a estos a su muerte, en lugar de destinarlos al infierno.

Pues quien puede crear puede destruir; quien tiene el poder de dar la vida, tiene el de aniquilar.

Veamos; vosotros no sois dioses. Vosotros no sois infinitamente buenos, infinitamente misericordiose. Tengo, sin embargo, la certidumbre, sin que os atribuya cualidades que quizá no poseéis, que, si estaba en vuestro poder, sin que ello os costase un esfuerzo penoso, sin que de ello resultase para vosotros ni perjuicio material, ni perjuicio moral, si, digo, estaba en vuestro poder, en las condiciones que acabo de indicar, de evitar a uno de vuestros hermanos en humanidad, una lágrima, un dolor, una prueba, tengo la certidumbre de que lo hariais. Y sin embargo, vosotros no sois ni infinitamente buenos, ni infinitamente misericordiosos! ¿Seriais vosotros mejores y más misericordiosos que el Dios de los Cristianos?

Pues, en fin, el infierno existe. La Iglesia lo enseña; es la horrenda visión con ayuda de la cual se espanta a los niños, a los viejos y a los espíritus temerosos; es el espectro que instalan a la cabecera de los agonizantes, a la hora en que la proximidad de la muerte les quita toda energia, toda lucidez.

Pues bien: El Dios de los cristianos, Dios que dicen de piedad, de perdón, de indulgencia, de bondad, de misericordia, precipita a una parte de sus hijos—para siempre—en esa mansión poblada por

las torturas más crueles, por los mas indecibles suplicios.

¡Cuán bueno es! ¡Cuán misericordioso!

¿Conocéis esta frase de las Escrituras: «Habrá muchos llamados, pero muy pocos elegidos». Esta frase significa, si no me engaño, que será ínfimo el número de los elegidos y considerable el número de los malditos. Esta afirmación es de una crueldad tan monstruosa que se ha intentado darle otro sentido.

Poco importa: el infierno existe y es evidente que habrá condenados—pocos o muchos—que en él sufrirán los más dolorosos tormentos.

Preguntémonos para qué y para quién pueden ser provechosos los tormentos de los malditos.

¿Para los elegidos? ¡Evidentemente, no! Por definición, los elegidos serán los justos, los virtuosos, los fraternales, los compasivos, y no podemos suponer que su felicidad, ya inexpresable, fuese acrecentada por el espectáculo de sus hermanos torturados.

¿Sería provechoso para los mismos condenados? Tampoco, puesto que la Iglesia afirma que el suplicio de esos desgraciados no terminará jamás y que, en los millares y millares de siglos, sus tormentos serán intolerables como en el primer día.

¿Entonces?...

Entonces, fuera de los elegidos y de los condenados, no hay más que Dios; no puede haber más que él.

¿Es para Dios, pues, para quién pueden ser provechosos los sufrimientos de los condenados? ¿Es, pués, él, este padre infinitamente bueno, infinitamente misericordioso, quién se complace sádicamente con los dolores a los que él voluntariamente condena a sus hijos?

¡Ah! si es asi, este Dios me parece el verdugo más feroz, el inquisidor más implacable que se pueda imaginar.

El infierno prueba que Dios no es ni bueno, ni misericordioso. La existencia de un Dios de bondad es incompatible con la del Infierno.

O bien no hay Infierno, o bien Dios no es infinitamente bueno.

Cuarto argumento:

El problema del Mal.

Es el problema del Mal el que me facilita mi cuarto y último argumento contra el Dios-Gobernador, al mismo tiempo que mi primer argumento contra el Dios-Justiciero.

Yo no digo: la existencia del mal, mal físico, mal moral, es incompatible con la existencia de Dios: pero yo digo que ella es incompatible con la existencia de un Dios **infinitamente poderoso e infinitamente bueno.**

Es conocido el razonamiento, aunque solo sea por las múltiples refutaciones—siempre impotentes, por lo demás—que se le han opuesto.

Se le hace remontar a Epicuro. Tiene, pues, ya más de veinte siglos de existencia; pero, por viejo que sea, ha conservado todo su vigor.

Hélo aqui:

El mal existe; todos los seres sensibles conocen el sufrimiento. Dios que lo sabe, no puede ignorarlo. Pues bien: de dos cosas una:

O bien Dios quisiera suprimir el mal, pero no ha podido;

O bien Dios podria suprimir el mal, pero no ha querido.

En el primer caso, Dios quisiera suprimir el mal; es bueno, se compadece de los dolores que nos abruman, de los males que padecemos. ¡Ah, si sólo dependiese de él! El mal seria destruido y la felicidad floreceria sobre la tierra. Una vez más: él es bueno; pero no puede suprimir el mal; en este caso, no es todopoderoso.

En el segundo caso, Dios podria suprimir el mal. Bastaria quererlo, para que el mal fuese abolido; él es todopoderoso; pero no quiere suprimirlo; en este caso, no es infinitamente bueno.

Aqui, Dios es poderoso, pero no es bueno; allá, Dios es bueno, pero no es poderoso.

Para que Dios sea, no basta con que posea una de estas dos perfecciones; potencia o bondad; es indispensable que posea las dos a la vez.

Este razonamiento jamás ha sido refutado.

Entendámonos: yo no digo que no se haya intentado jamás refutarlo; yo digo que no se ha conseguido jamás.

El ensayo de refutación más conocido es este:

«Plantea usted en términos completamente erróneos el problema del mal. Injustamente hace usted responsable de él a Dios. Si, es cierto, el mal existe y ello es innegable; pero es al hombre a quien hay que hacer de él responsable. Dios no ha querido que el hombre sea un autómata, una máquina, que él actua fatalmnete. Al crearlo, le ha dado la libertad; ha hecho de él un ser enteramente libre; de la libertad que le ha otorgado generosamente, Dios le ha dejado la facultad de hacer, en todas las circunstancias, el uso que quisiera; y, si place al hombre, en lugar de hacer de ella un uso juicioso y noble de este bien inestimable, hacer un

uso odioso y criminal, no es a Dios a quién cabe acusar, porque sería injusto; de ello hay que acusar al hombre».

He aquí la objeción, que resulta ya clásica.

¿Qué vale ella? Nada.

Me explicaré:

Distingamos primero el mal físico del mal moral.

El mal físico, es la enfermedad, el sufrimiento, el accidente, la vejez, con su cortego de taras y de enfermedades; es la muerte, la pérdida cruel de los seres que amamos: criaturas que nacen y mueren algunos días después de su nacimiento sin haber conocido más que el sufrimiento; hay una multitud de seres humanos para los que la existencia no es más que una larga cadena de dolores y de aflicciones, de suerte que hubiera valido más que no hubiesen nacido; es, en el dominio de la naturaleza, los azotes, los cataclismos, los incendios, las sequías, las hambres, las inundaciones, las tempestades, toda esta suma de trágicas fatalidades que se cifran en el dolor y en la muerte.

¿Quién osaría decir que hay que hacer responsable al hombre de este mal físico?

¿Quién no comprende que, **si Dios ha creado el Universo**, si es él quien le ha dotado de las formidables leyes que le regulan y si el mal físico es el conjunto de las fatalidades que resultan del juego, normal de las fuerzas de la naturaleza; quien no comprende que el autor responsable de estas calamidades es, ciertamente, aquel que ha creado este Universo, aquel que lo gobierna?

Supongo que, sobre este punto no hay contestación posible.

Dios que gobierna el Universo es, pues, responsable del mal físico.

Esto solo bastaria, y mi respuesta podria quedar reducida a esto.

Pero yo pretendo que el mal moral es imputable a Dios de la misma manera que el mal físico, puesto que, si existe, él ha presidido a la organización del mundo moral como a la del mundo físico y que, consecuentemente, el hombre, victima del mal moral como del mal físico, no es más responsable del uno que del otro.

Pero es preciso que me refiera a lo que tengo que decir sobre el mal moral en la tercera y última serie de mis argumentos.

TERCER GRUPO DE ARGUMENTOS

Primer argumento:

Irresponsable, el hombre no puede ser ni castigado ni recompensado.

¿Qué es lo que somos?

¿Hemos presidido las condiciones de nuestro nacimiento? ¿Hemos sido consultados sobre la simple cuestión de saber si nos gustaba nacer? ¿Hemos sido llamados para fijar nuestros destinos? ¿Hemos tenido, en un solo punto, voz en el capítulo?

Si hubiésemos tenido voz en el capítulo, cada uno de nosotros se habria gratificado, desde la cuna, con todas las ventajas: salud, fuerza, belleza, inteligencia, valor, bondad, etc. etc. Cada uno habria sido el resumen de todas las perfecciones, una especie de Dios en miniatura.

¿Qué es lo que somos?

¿Somos lo que hemos querido ser?
Incontestablemente, no.

En la hipótesis Dios, somos, puesto que és él quien nos ha creado, lo que él ha querido que fuésemos.

Dios, puesto que él es libre, hubiera podido no crearnos.

Habiera podido crearnos menos perversos, puesto que él es bueno.

Habria podido crearnos virtuosos, sanos, excelentes. Habria podido otorgarnos todos los dones fisicos, intelectuales y morales, puesto que es todopoderoso.

Por tercera vez: ¿qué es lo que somos?

Somos lo que Dios ha querido que fuésemos. El nos ha creado como ha querido, a su capricho.

No hay respuesta a esta interrogación: ¿qué es lo que somos?, si se admite que Dios existe y que somos sus criaturas.

Es Dios el que nos ha dado nuestros sentidos, nuestras facultades de comprensión, nuestra sensibilidad, nuestros medios de percibir, de sentir, de razonar, de actuar. El ha previsto, querido, determinado nuestras condiciones de vida: ha condicionado nuestras necesidades, nuestros deseos, nuestras pasiones, nuestros temores, nuestras esperanzas, nuestros odios, nuestros amores, nuestras aspiraciones. Toda la máquina humana corresponde a lo que él ha querido que fuese. El ha concebido, organizado de la cabeza a los pies el medio en el cual vivimos; él ha preparado todas las circunstancias que, a cada instante, asaltarán nuestra voluntad y determinarán nuestras acciones.

Ante este Dios formidablemente armado, el hombre es irresponsable.

Aquel que no está bajo ninguna dependencia, es absolutamente libre; aquel que está un poco bajo la dependencia de otro es un poco esclavo; solo es libre por la diferencia; aquel que está muy supeditado a otro es muy esclavo; solo es libre en lo que le resta de independiente; en fin, aquel que está por completo bajo la dependencia de otro, es por completo esclavo y no goza de ninguna libertad.

Si Dios existe, es en esta última postura, la de la esclavitud total, en la que se encuentra el hombre con respecto a Dios, y su esclavitud es tanto más completa, cuanto mayor distancia haya entre el Amo y el.

Si Dios existe, sólo él sabe, puede, quiere; él solo es libre; el hombre no sabe nada, no quiere nada, no puede nada; su dependencia es absoluta.

Si Dios existe, él lo es todo; el hombre no es nada.

El hombre asi mantenido en esclavitud, colocado bajo la dependencia plena y entera de Dios, no puede tener ninguna responsabilidad.

Y, si es irresponsable, no puede ser juzgado.

Todo juicio implica un castigo o una recompensa; y los actos de un ser irresponsable, carente de todo valor moral, no provienen de ningun juicio.

Los actos del irresponsable pueden ser útiles o perjudiciales; moralmente, no son buenos ni malos, ni meritorios ni reprensibles; equitablemente no pueden ser recompensados ni castigados.

Erigiéndose en Justiciero, castigando o recompensando al hombre irresponsable, Dios no es más que usurpador: se arroga un derecho arbitrario y usa de él en contra de toda justicia.

De lo que acabo de decir, saco en conclusión:

a) Que la responsabilidad del mal moral es imputable a Dios, como le es imputable la del mal fisico.

b) Que Dios es un Justiciero :indigno, porque irresponsable, el hombre no puede ser ni recompensado, ni castigado.

Segundo argumento:

Dios viola las leyes fundamentales de la equidad

Admitamos, por un instante, que el hombre sea responsable y veremos como, con esta misma hipótesis, la divina Justicia viola las reglas más elementales de la equidad.

Si se admite que la práctica de la justicia no puede ser ejercida sin comportar una sanción y que el magistrado tiene por misión fijar esta sanción, existe una regla sobre la cual el sentimiento es y debe ser unanime: es que, del mismo modo que hay una escala de mérito y de culpabilidad, debe haber una escala de recompensas y de castigos.

Sentado este principio, el magistrado que mejor practicará la justicia, será aquel que proporcionará más exactamente la recompensa al mérito y el castigo a la culpabilidad; y el magistrado ideal, impecable, perfecto, será aquel que fijará una relación de un rigor matemático entre el acto y la sanción.

Pienso que esta regla elemental de justicia es aceptada por todos.

¡Y bien! Dios, con el cielo y el infierno, desconoce esta regla y la viola.

Cualquiera que sea el mérito del hombre, es limitado (como el hombre mismo), y, sin embargo, la sanción de recompensa: el cielo, es sin límites, aunque solo fuese por su carácter de perpetuidad.

Cualquiera que sea la culpabilidad del hombre, ella está limitada (como el mismo), y, sin embargo, la sanción de castigo: el infierno, no tiene límites, aunque solo fuese por su carácter de perpetuidad.

Hay, pues, desproporción entre el mérito y la recompensa, desproporción entre la falta y el castigo; desproporción en todas partes. Asi pues, **Dios viola las reglas fundamentales de la equidad.**

Mi tesis está terminada; no me resta más que recapitular y extraer las conclusiones.

RECAPITULACION

Camaradas:

Os prometí una demostración precisa, substancial, decisiva, de la inexistencia de Dios. Creo poder deciros que he cumplido mi promesa.

No perdáis de vista que no me he propuesto aportaros un sistema del Universo que hiciese inútil recurrir a la hipótesis de una Fuerza sobrenatural, de una Energia o de una Potencia extramundial, de un Principio superior o anterior al Universo. He tenido la lealtad, como debia tenerla, de deciros que, considerado de esta suerte, el problema no encuentra, **en el estado actual de los conocimientos humanos**, ninguna solución definitiva y que la sola actitud que conviene a los espíritus reflexivos y razonables, es la espectativa.

El Dios cuya imposibilidad he querido establecer, cuya imposibilidad he establecido, puedo decirlo ahora, es el Dios de las religiones, el Dios creador, Gobernador y Justiciero, el Dios infinitamente sabio, poderoso, justo y bueno, que los clérigos se alaban de representar sobre la tierra y que intentan imponer a nuestra veneración.

No hay, no puede haber equívoco. Es a este Dios al que yo niego: y, si se quiere discutir útilmente, es este Dios al que hay que defender contra mis ataques.

Todo debate sobre otro terreno será—de ello os prevengo, pues es preciso que os pongáis en guardia contra las astucias del adversario—todo debate en otro terreno será una diversión y será, además, la prueba que el Dios de las religiones no puede ser defendido ni justificado.

He probado que, como Creador, sería inadmisible, imperfecto, inexplicable; he establecido que, como gobernador, sería inútil, impotente, cruel, odioso, despótico; he demostrado que, como justiciero, sería un magistrado indigno, violador de las leyes esenciales de la más elemental equidad.

CONCLUSION

Tal es, sin embargo, el Dios que desde, tiempos inmemoriales, se ha enseñado y que, en nuestros dias todavia, se enseña a una multitud de niños en númerosas familias y escuelas. ¡Qué de crimenes han sido cometidos en su nombre!

¡Qué de odios, de guerras, de calamidades han sido desencadenadas furiosamente por sus representantes! Este Dios, ¡de cuántos sufrimientos es origen! ¡Quántos males todavia engendra!

Desde hace siglos, la Religión tiene curvada a la humanidad bajo el temor, incrustada en la superstición, postrada en la resignación.

¿No amanecerá, pues, jamás el dia en que, dejando de creer en la justicia eterna, en sus decretos imaginarios, en sus reparaciones problemáticas, los humanos trabajarán, con ardor incansable, por el advenimiento sobre la tierra de una Justicia inmediata, positiva y fraternal?

No sonará nunca la hora en que, fatigados de los consuelos y de las esperanzas falaces que les sugiere la creencia en un paraiso compensador, los humanos harán de nuestro planeta un Edén de abundancia, de paz y de libertad, cuyas puertas estarán abiertas fraternalmente a todos?

Durante demasiado tiempo, el contrato social se ha inspirado en un Dios sin justicia; es ya hora de que se inspire en una justicia sin Dios. Durante demasiado tiempo, las relaciones entre las naciones y los individuos han derivado de un Dios sin filosofia; tiempo es ya de que procedan de una filosofia sin Dios. Desde hace siglos, monarcas, gobernantes, castas y cleros, conductores de pueblos, directores de consciencias, tratan a la humanidad como vil rebaño, bueno tan solo para ser esquilado, devorado, arrojado a los mataderos.

Desde hace siglos, les desheredados soportan pasivamente la miseria y la servidumbre, gracias al espejismo engañoso del cielo y a la vision horrorífica del Infierno. Hay que poner fin a este odioso sortilegio, a este abominable engaño.

¡Oh, tu que me escuchas, abre los ojos, contempla, observa, comprende. El cielo del que sin cesar te hablan; el cielo con ayuda del cual se intenta insensibilizar tu miseria, anestesiar tu sufrimiento y ahogar la queja que, apesar de todo, se exhala de tu pecho, ese cielo es irreal y desierto. Solo tu infierno está poblado y es positivo.

Basta de lamentaciones: las lamentaciones son vanas.

Basta de prosternaciones: las prosternaciones son estériles.

Basta de rezos: los rezos son impotentes.

¡Yérguete, on, hombre! Y, en pie, enardecido, rebelado, declara una guerra implacable al Dios del que, durante tanto tiempo, se ha impuesto a tus hermanos y a ti mismo la embrutecedora veneración.

Libérate de este tirano imaginario y sacude el yugo de aquellos que pretenden ser sus agentes de negocios en la tierra.

Pero no olvides que, una vez hecho este primer gesto de liberación no habrás realizado más que una parte de la tarea que te incumbe.

No olvides que de nada te serviria romper las cadenas que los Dioses imaginarios, celestes y eternos han forjado contra ti, si no rompias también aquellas que contra ti han forjado los Dioses pasajeros y positivos de la tierra.

Estos Dioses merodean en torno tuyo, buscando la forma de someterte por el hambre a servidumbre eterna. Estos Dioses no son más que hombres como tú.

Ricos y Gobernantes, estos Dioses de la tierra la han poblado de innumerables victimas, de inexpresables tormentos.

Ojalá puedan los condenados de la tierra rebelarse al fin contra estos foragidos y fundar una Ciudad en la que semejantes monstruos no sean ya posibles.

Cuando habrás expulsado a los dioses del cielo y de la tierra; cuando te habrás libertado de los Amos de arriba y de los Amos de abajo; cuando habrás realizado este doble gesto de liberación, entonces, y solamente entonces, oh, hermano mio, te habrás evadido de tu infierno y habrás conquistado tu cielo.

Sebastián FAURE

Libros de Editoriales Americanas a 160 frs.

Los Aiducs - *Panait Istrati* ....
Mi tío Anghel - *Panait Istrati* ....
24 horas de la vida de una mujer - *Stefan Zweig*
Los tres maestros - *Stefan Zweig* ....
La tragedia de una vida - *Stefan Zweig* ....
Momentos estelares de la humanidad - *St. Zweig*
El misterio de las almas - *Anton Checov* ....
Freud - *Stefan Zweig* ....
Bajo la media luna - *Knut Hamsun* ....
Sonadores - *Knut Hamsun* ....
Fatalidad - *Knut Hamsun* ....
Misterios - *Knut Hamsun* ....
Pan - *Knut Hamsun* ....
Los cosacos - *Tolstoï* ....
El diario de Satanás - *Leonidas Andreiev* ......
El rey y el hambre - *Leonidas Andreiev* ....
Judas Iscariote - *Leonidas Andreiev* ....
Millones - *Arzibachev* ....
La mujer del otro - *Fedor Dostoievski* ....
Cuentos - *Averchenco* ....
Albéniz y Granados - *Collet* ....
Kyra Kyralina - *Panait Istrati* ....
Los Aiducs - *Panait Istrati* ....
Codine - *Panait Istrati* ....
France y Heine - *Georges Brandes* ....
Freud y el problema sexual (colección diez tomos)
Gomez Nerea (el tomo) ....
Nietzsche - *Georges Brandes* ....
Los exhombres - *Maximo Gorki* ....
El doble - *Fedor Dostoievski* ....

Estas obras las serviremos con el descuento del 10 por ciento únicamente a partir de pedidos de cinco ejemplares del mismo título.

LOTES DE LIBROS

PRIMER LOTE A 500 FRANCOS :

La Révolution inconnue - *Voline.*
Socialismo Libertario y socialismo autoritario - *Nettlau.*
Una obra titulos Editoriales Americanas.
Dos libros de ocasión.

SEGUNDO LOTE DE LIBROS A 300 FRANCOS :

La grande métamorphose - *Paul Gille.*
Etica - *Kropotkine.*
Crisis del socialismo - *Garcia Pradas.*
Una novelita.
Dos volumenes ocasión.

TERCER LOTE A 150 FRANCOS :

Cinco novelitas título diferente «Lecturas para la juventud».
Verdades de todas horas y 3 folletos «La Brochure Mensuelle» título diferente.

Estos lotes los serviremos a reembolso o bien pagados por adelantado.

Nota importante. — Sin descuento y con gasto de envío a cargo del que lo solicite, nos encargamos de servir los libros de las diferentes editoriales que pueden interesar a nuestros lectores. Indiquese al hacer el pedido el nombre de la Editorial.

150 francos